

**HERMINIA MONTOYA**

*Una mamá diferente*



***UNA MAMÁ  
DIFERENTE***

**Herminia Montoya**

Nadie sabe con certeza qué es lo que les impulsa a las madres a cuidar y proteger a sus hijos, quizá sea el llevarlos en el vientre durante determinado tiempo. Aunque me parece que estoy muy equivocada, la historia que quiero contaros es cierta.

Sucedió en un continente lejano y mágico. Asia es un lugar muy especial y sus animales no carecen de enigmas para las gentes del lugar. No son humanos ni falta que hace.

Un día una tigresa nos dio a todos una gran lección, la de amor y protección.

Espero que os guste...

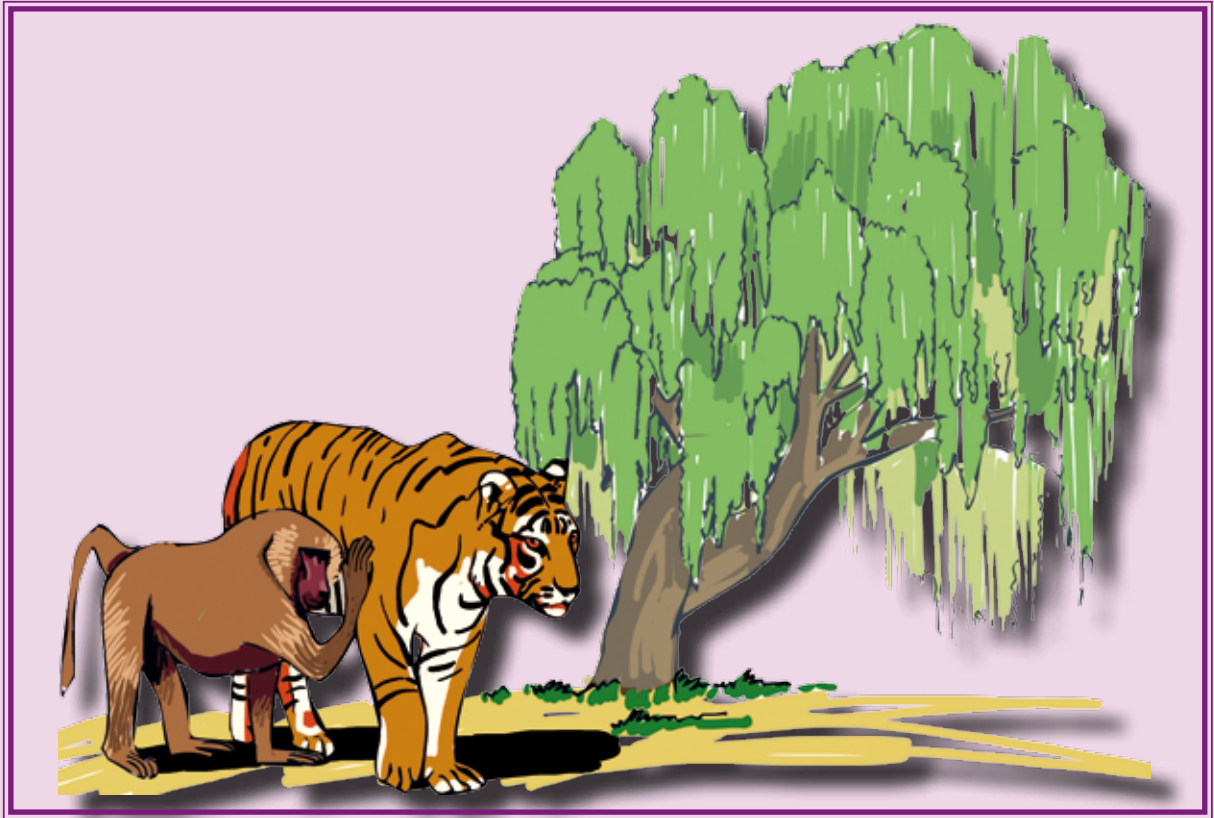
—Llevo algunas noches que las paso muy intranquila y tengo mucho apetito y eso que siempre me alimento bien ¿tú que crees que me puede pasar? —preguntaba Uma mientras se tumbaba sobre el suelo.

Mientras, un babuino, experto en casos delicados y medicinas, exploraba a Uma con mucha atención. No cabía duda, Uma estaba esperando cachorros ¡Ya era hora!. Uma era muy joven, pero quería ser madre desde cachorrita, de bien pequeña, incluso cuidaba de sus dos hermanos cuando su madre salía a cazar, pese a que estos no le hacían mucho caso. Ahora tendría su propia camada... su corazón era una auténtica feria.

—¿Estás seguro Sihuca?, ya sabes que tengo mucha ilusión y no querría llevarme un chasco —lo decía sabiendo que lo había intentado muchas veces.

—No te preocupes, solo con la mirada irradas una alegría contagiosa —bromeaba Sihuca mientras le tocaba el vientre.

Mientras Uma salía de los sauces, donde vivía y tenía su peculiar consulta el mono, iba memorizando todo lo que el babuino Sihuca le ha-



bía aconsejado. Tenía que cuidarse mucho, comer con regularidad y descansar con frecuencia al aproximarse el parto. Por lo demás esperar, esperar... ¡pero si ya quería tenerlos y achucharlos! pero eso no sería posible hasta dentro de cinco meses.

Los meses se le fueron haciendo eternos, el primero no se le notaba nada solo un gran apetito y unas emociones muy raras, tan pronto reía a carcajadas como se emocionaba al ver a madres de otras especies amamantar a sus vástagos.

Y se prometió no cazar a ninguna madre o cría, eran muy indefensas y quería luchar de igual a igual, no a aprovecharse de las circunstancias. El segundo mes ya se le notaba un abultado vientre, cosa que le hacia mucha gracia, era madre primeriza y cualquier cambio en su cuerpo era motivo de alegría. El tercer mes notaba algunos movimientos que indicaban vida ¡y que vida!, no paraban, sobretodo para el cuarto mes. No descansaba bien, estaba tan gorda que le daba risa verse. El quinto estaba como una elefanta de gorda y dormir bien era ya cosa del pasado.

—Me parezco a la misma paquiderma Siba, ¡puf! —resoplaba mientras se veía reflejada en un pequeño lago.

Una noche se tumbó en una pequeña y acogedora guarida, buscada previamente para la llegada de sus pequeños. Estaba muy inquieta, llevaba días un poco fatigada y cada vez que salía de caza y se abalanzaba para capturar a su presa se agotaba mucho. Llevar cachorros y correr con tanta velocidad no era tarea fácil y menos estando tan avanzado el embarazo. Intentaba ponerse cómoda, pero no daba resultado, se levantó y empezó a dar vueltas sin saber muy bien como coger la dichosa posturita.

De repente notó un líquido viscoso y su cadera se estaba abriendo, ya estaba de parto. Sin perder tiempo se tumbó y empezó a lamerse la vagina para limpiarse y favorecer que los pequeños naciesen lo más rápido posible. Al momento volvió a tener una fuerte contracción a la que respondió con un buen empujón, mientras para tranquilizarse y superar el dolor, respiraba muchas veces y expulsaba el aire. Uma nunca había visto parir a nadie de su especie, pero lo llevaba impreso como una señal de fuego en su memoria. Aunque fuese primeriza sabía los pasos que debía dar en todo momento. Pero no solo ella, sino todas las hembras, eran sabías y no tenían miedo al momento, excepto si había complicaciones o rondaban los carnívoros, entonces eran capaces de detener el parto incluso ya avanzado para buscar un lugar entre los de las manadas para sentirse protegidas y acabar con su dura tarea.

De repente una cabecita se asomó y Uma la lamió impaciente por ver al fin a su primer hijito, otra contracción ayudó a expulsar del todo el diminuto cuerpecillo, Uma lo limpió y le quitó con mucho cuidado la placenta y el cordón umbilical. Luego echo una masa sanguinolenta junto con la placenta y Uma se la comió. Este comportamiento es muy normal en los animales, la placenta es rica en minerales, los mismos que Uma estaba perdiendo al parir, y también era un buen truco pues así eliminaba todo el olor y los carroñeros no se acercarían. El mismo tra-

bajo lo tuvo que repetir tres veces más, así que Uma vio un nuevo amanecer rodeada de cuatro preciosos bebés tigre.

Pasado dos días fue a visitarla Sihuca, que quería saber en que estado se encontraban los pequeños hijos de Uma. Y para hacer una ceremonia de presentación a todos los animales cercanos.

—¡Son preciosos! ¡Y qué gorditos están! Uma los tienes muy bien cuidados, eres una buena madre, no se podía esperar menos de ti —halagaba Sihuca a la nueva madre, que recibía de muy buena gana estas palabras.

—Gracias Sihuca, me tranquiliza saber que mis pequeños están y bien, por cierto, cambiando de tema, ¿cuándo será la presentación? Quiero tenerlos bien presentables...

—¡Pero si tu no paras de lamerlos!, ¡están relucientes! —tranquilizó el mono a la joven madre. —Será mañana ya tengo todo preparado y en orden, los animales cercanos saben la noticia y no se lo quieren perder. El bautismo era un acontecimiento muy importante, era la presentación a la Tierra, pues era su hogar, la Tierra les suministraba todo aquello que necesitaban, los herbívoros disfrutaban de ricos pastos, los carnívoros a su vez se alimentaban con las mejores carnes, los insectívoros poseían una amplia gama de deliciosos insectos, y por último los ovívoros, que comían de todo. Por eso, para agradecer ese ecosistema, los animales bautizaban a sus hijos agradeciendo el mundo maravilloso que tenían para ellos y sus pequeños. Y también se lo agradecían a los astros, al Sol que enriquecía y daba vida a aquellos seres que no se movían, los árboles, las flores y la rica hierba, y a la Luna que los alumbraba de noche.

Así pues, todo estaba preparado. Uma estaba subida en una gran roca junto a sus bolitas de pelo. Todos los animales se concentraron con gran expectación, los herbívoros presidían las primeras filas de la izquierda y los carnívoros la fila derecha, aves y monos estaban dispersos o en el centro. Al lado de la gran roca ceremonial seis pavos reales hacían las veces de perfectos telones con sus elegantes y llamativas colas. Solo

quedaba que Sihuca subiera a la roca junto con tres monos más para el esperado bautismo.

Sihuca cogió a un pequeño y dirigiéndose a Uma le dijo.

—Uma dime el nombre que has elegido —mientras levantaba a su hijito.

—Se llama Serkca y es macho. —Estaba emocionada, siempre deseó este momento y por fin se estaba cumpliendo.

El gran babuino, experto en casos muy delicados y medicinas, cogió un puñadito de tierra y Serkca se rascaba la cabecilla en señal de molestia.

Luego Sihuca levanto al pequeño para que todos los allí convocados conocieran al hijo de Uma, con voz alta y clara el babuino dijo:

—Este cachorro es hijo de Uma, se llama Serkca y es un machito.

Los elefantes barritaban en señal de aprobación, los antílopes y demás herbívoros daban pequeños golpes en el suelo con sus cascos, y todos los demás, cada uno con su acento según su raza, dieron clara muestra de aceptación. Mientras, el babuino pidió silencio y prosiguió.

—He aquí la Tierra que te da tu hogar y tu sustento y he aquí el Sol que velará tus días, así como su hermana Luna lo hará por las noches.

Bienvenido Serkca —finalizó el babuino.

—¡Bienvenido Serkca! —gritaron todos los allí presentes.

Sihuca dejó al pequeño Serkca en brazos de un mono que hacía las veces de ayudante. Mientras, Sihuca se acercó a Uma y cogió otro revoltoso cachorrillo, con palabras de firmeza y entusiasmo le dijo.

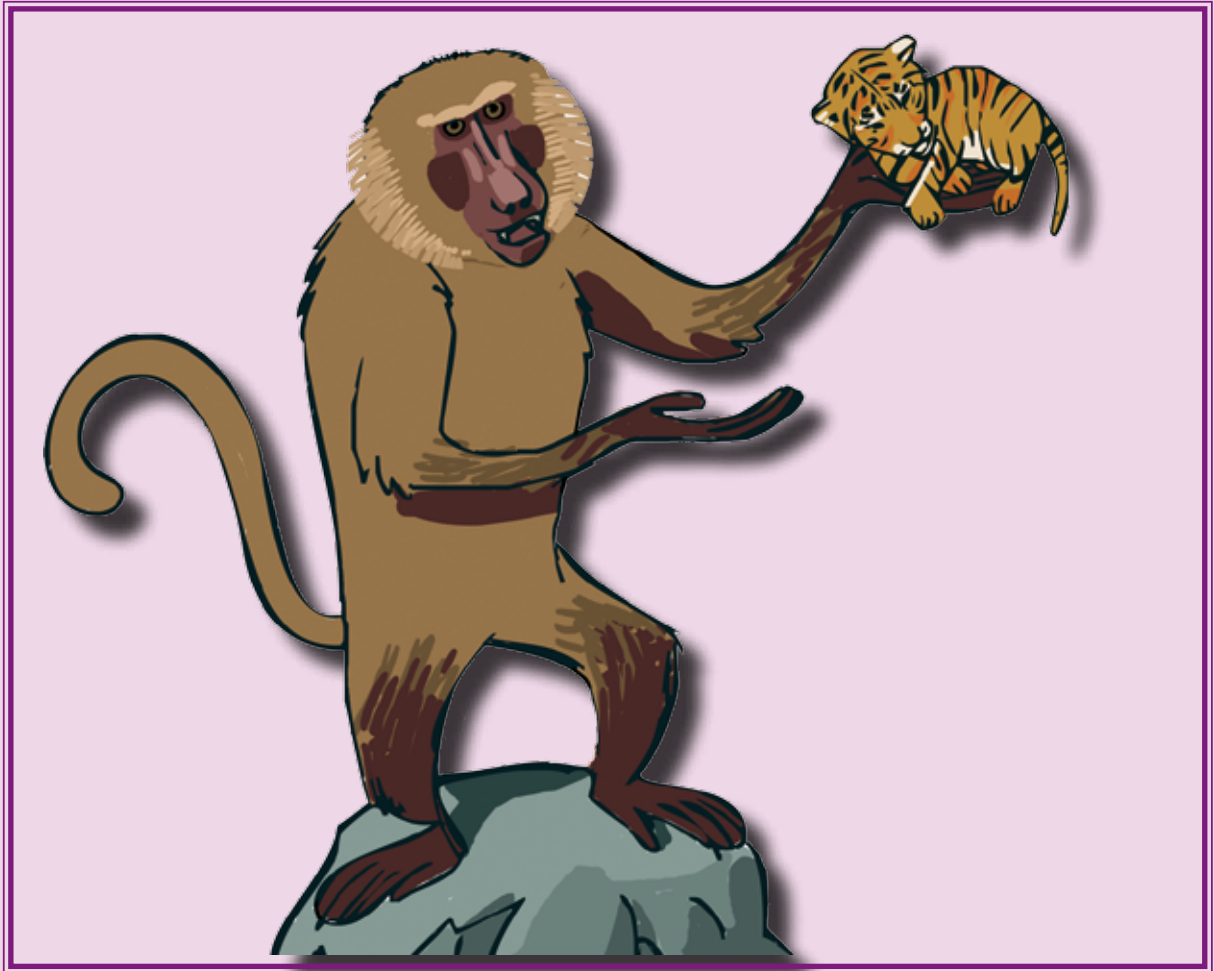
—Uma, dime como se llama este chiquitín— Uma no tardó en pronunciar el segundo nombre.

—Se llama Enagi y es otro machito.

Sihuca levanto bien alto al tigre y repitió todo el discurso, los invitados prestaban oídos pues estaban muy expectantes.

—Se llama Enagi y es otro machito. Enagi es hijo de Uma, he aquí la Tierra que te da hogar y sustento, y he aquí el Sol que alumbrará tus días así como su hermana Luna lo hará de noche. Bienvenido Enagi.

Finalizó el gran babuino con ternura. Al momento se lo ofreció a otro



babuino ayudante para que lo tuviera mientras proseguía con el bautismo.

—Uma dime el nombre de tu tercer vástago.

Según le decía el nombre, Sihuca espolvoreó la cabecilla del tigre.

—Se llama Kenay, es otro macho.

Sihuca tomó al pequeño hijito de Uma y lo presentó del tirón.

—Se llama Kenay y es macho, Kenay es hijo de Uma, he aquí la Tierra que te da hogar y sustento, y he aquí el Sol que alumbrará tus días así como su hermana Luna velará tus noches. Bienvenido Kenay.

—¡Bienvenido Kenay! —gritaron los espectadores.

—Dime Uma como se llama este peque. Mientras cogía en brazos al último cachorro.

—Se llama Kanira y es una hembra. Por fin había una chica entre tanto niño, se dijo para ella.

—Se llama Kanira y es una bonita hembra, Kanira es hija de Uma, he aquí la Tierra que te da hogar y sustento, y he aquí el Sol que alumbrará tus días así como su hermana Luna lo hará por las noches. Bienvenida Kanira. Terminó Sihuca su presentación levantando a la peque y los otros tres babuinos imitaban al sabio Sihuca, levantando a sus tres hermanos.

—¡Bienvenidos! —gritaron todos los animales al unísono.

\*\*\*

Los días fueron pasando y la calma llegó a la guarida de Uma. La joven madre tenía que salir a cazar y la mayoría del tiempo lo pasaba fuera. Primero debía buscar a las manadas luego seleccionar un buen ejemplar que estuviera sano y fuerte, y después y con muchísima paciencia capturarlo. A Uma no le hacía demasiada gracia pasar demasiado tiempo fuera de su hogar, pero si no se alimentaba bien no produciría la rica leche que tan hermosos mantenía a sus cachorros. Luego, cuando regresaba, le esperaba un cuarteto de hambrientos y llorosos bebés tigre. Uma los cobijaba contra su vientre, los limpiaba y les ofrecía sus mamas para que por fin calmaran su hambre. Una vez hecho todo, los chiquitines se quedaban dormidos y bien calentitos.

Un día Uma salió de caza, dejando de mala gana a sus pequeños y ruidosos tigres. Pero no quedaba otra opción. Ya en la pradera y cuando vio el momento, se agazapó y divisó a una joven hembra de antílope, estaba sola, por lo que no tardó en lanzarse a la carrera. Ella era muy veloz pero esta presa se lo estaba poniendo difícil, temiendo tardar demasiado y que sus pequeños ya hubiesen empezado a llamarla y temiendo que algún león u otro depredador escuchase los lamentos, Uma apretó su paso, al momento se lanzó a por su presa y de un rápido bocado la estranguló. Uma se hartó de comer y con su barriga bien llena se dirigió a un lago para calmar su sed.

Una vez bien saciada y limpia, se dirigió hacia su guarida, de repente escuchó mucho jaleo cerca de donde empezó su carrera para capturar a su presa. Prestó atención, y observó que eran unos buitres con muy mal genio. Uma siempre fue una tigresa muy curiosa y esa vez no iba a ser menos. Así que se dirigió hacia el grupo de buitres para ver cuál que era el motivo para tanto jaleo.

Cuando llegó, los buitres huyeron temiendo que Uma se lanzara y cogiera a alguno. Al llegar al sitio, observó que en el suelo yacía una pequeñísima, temblorosa y asustada cría de antílope. A Uma esa cría le produjo una bocanada de ternura y amor, y desde ese momento tuvo un afán de protección igual que si hubiese sido cualquier hijo suyo. Uma comenzó a lamer y tranquilizar al bebé antílope, se tumbó junto a ella para darle calor y protección. Los buitres huyeron sabiendo que ese día no tendrían cena.

Uma decidió que ese no era un lugar seguro para la antílope y como hacía con sus cuatro hijos, la cogió del flaco y frágil cuello aún sabiendo que si su mandíbula apretaba un poco, la antílope sería historia. Al poco tiempo, la metió en su acogedora guarida, donde la esperaban sus cuatro bolitas de pelo. Uma se tumbó y dejó con cuidado a la antílope, esta buscó enseguida el calor de Uma y ella comenzó a lamerla para consolar a la cría de antílope. La pequeña se acostó sobre el vientre y los cachorros de Uma la imitaron y comenzaron a mamar. Uma se dio cuenta de que la antílope llevaba colgando el cordón umbilical.

“Sin duda esta pequeña acaba de nacer”. Se dijo para sí.

Uma le ofreció una de sus mamas para que la cría se alimentara, una vez le indicó el camino y una vez encontrado el pezón la antílope comenzó a chupar con anhelo.

Una vez bien alimentada toda su curiosa guardería, Uma se acomodó y descansó, comprendiendo que esa cría necesitaba toda su protección y que a ella no le importaba adoptarla. Sus cinco hijos durmieron bien alimentados y calentitos, entre ellos, por supuesto, la pequeña antílope.

Al día siguiente, Uma fue despertada por los gemidos de su prole, los cogió uno por uno y les dio su baño matutino y también le tocó baño a la pequeña antílope, que lo recibió de muy buena gana. Una vez todos estuvieron limpios, comenzaron a mamar. Mientras estaba allí tumbada dando de comer a sus bebés, a Uma le desconcertaba el hecho de que aquella pequeña estuviera sola. De pronto le subió un calor muy incómodo por todo el cuerpo, recordó que las crías de antílope o cualquier otro herbívoro, se camuflan contra el suelo porque tienen ese mismo tono canela y de maíz tostado. Lo hacen cuando ven a algún cazador cerca. Pero la pequeña antílope tenía una peculiaridad, en la cabeza tenía una fina y bonita raya negra igual que las rayas negras que adornan el cuerpo de los tigres, ¡estaban predestinadas! .

—Eso lo explica todo, esta pequeña solo se estaba escondiendo de mí. Por lo tanto yo... —no podía decirlo— yo mate a su madre. Esa es la razón por la que la veloz hembra me distrajo y corría tanto. Para que yo no cazara a su recién nacida—, se dijo.

“Prometí no cazar a ninguna madre o cría y esta chiquitina esta sola” —se apremió a sí misma— “no, no está sola, yo me ocuparé de ella y hablaré con Sihuca para que la bautice, así todo el mundo sabrá que la he adoptado. Mis cinco pequeños...”. Y sonrió al comprobar lo crecidiata que estaba su familia.



\* \* \*

Los días fueron pasando, Uma se las tenía que ingeniar para dejar solos a sus cinco hijos. Esto antes era más fácil, pero la cría de antílope estaba muy encariñada con ella y tan pronto como notaba su falta, salía de la guarida y corría hacia su madre adoptiva. Uma tenía que volver a su guarida con su hijita cogida del cuello, entonces sus otros cuatro hijos la reclamaban y buscaban su calor. Uma no sabía como resolver este problema hasta que un día y antes de que se despertasen sus pequeños, salió de caza para volver lo antes posible.

—Contigo quería hablar Sihuca —le dijo Uma al babuino que estaba recogiendo frutas para su cena.

—Pues aquí me tienes, anda dime —le contestó el mono con curiosidad.

—Verás, hace unos días salí de caza y... —Uma le contó toda la historia de su particular día de caza.

—Uma sabes que eso va contra natura, esta loca. —Sihuca no comprendía por qué Uma quería adoptar a una antílope, cuando lo más natural sería darle caza.

—Sihuca, cuando estaba en estado y veía cómo otras madres cuidaban a sus crías, me prometí no cazarlas. Y ahora resulta que he matado a la madre de esta indefensa cría. No puedo hacer otra cosa que criarla junto con mis otros hijos. Y me gustaría mucho que me apoyases, además la quiero presentar.

—Está bien Uma, lo prepararé todo para la Presentación a la Tierra, pero no quiero que te lleves un chasco. —Lo dijo sabiendo que en cuanto presentara a la antílope como hija de Uma, todo el mundo se burlaría.

—¿Por qué dices eso? ¿Acaso está mal que reemplace a su madre? —Uma no lo entendía, ella quería al bebé de antílope, ¿tan difícil era comprenderlo?.

—A ver, no es que esté mal, pero reconoce que es muy raro. Eres una tigresa, te alimentas de carne... y cuando estés ahí arriba, en La Gran

Roca, esperando a que yo coja en brazos a la antílope y la presente, todo el mundo se reirá de ti. —Sihuca lo decía sabiendo lo que iba a acontecer.

—A mi me dan igual los demás, yo adoro a esa pequeña y la pienso presentar a La Tierra —estaba muy segura de sí misma y poco le importaban las risas de los animales que serían convocados.

—Bueno, veo que no cambiarás de opinión, así que el bautizo será mañana —concluyó Sihuca.

\* \* \*

Al día siguiente, todos los animales que vivían cerca del territorio de Uma, estaban ya esperando la Presentación a la Tierra. Los animales empezaron a especular. Uma ya había presentado a sus hijos ¿cómo era posible que en menos de quince días volviera a presentar a otro hijo? No podían resolver el enigma.

Uma ya estaba subida en La Gran Roca, acompañada de sus cuatro pequeños y la antílope. Sihuca se dirigió al bebé y le esparció un puñadito de arena por la frente, la pequeña dio un estornudo que arrancó risas a Sihuca y a su madre Uma que la miraba embobada. Al momento Sihuca cogió en brazos al bebé de antílope y dirigiéndose a Uma le preguntó.

—Dime Uma, ¿como se llamará tu pequeña? —preguntó Sihuca.

—Se llama Kamali y es una hembra.

Entonces Sihuca levanto a la pequeña antílope y en voz alta y clara dijo. —Se llama Kamali, y es una hembra, Kamali es hija de Uma —al pronunciar “es hija de Uma” los animales empezaron a reírse a carcajadas y a gritar que si Uma estaba loca, mientras, Sihuca ordenó silencio y respeto, y prosiguió con la ceremonia. —He aquí la Tierra que te da hogar y sustento, y he aquí el Sol que alumbrará tus días, así como su hermana Luna lo hará por las noches. Bienvenida Kamali —concluyó Sihuca.

—¡Bienvenida Kamali, aperitivo de Uma! —gritaron los animales con maldad y burla.

Uma cogió a su pequeña y dándoles la espalda a los allí convocados, regresó a su guarida para darle de mamar a su prole y calmarse un poco. Claro que, después de todo, Sihuca, el babuino experto en casos muy delicados, se lo había advertido, no lo iban a entender los demás animales, pero lo cierto es que Uma la trataba como si la hubiera parido, y jamás sería un bocado, aperitivo o lo que ellos quisieran.

Una vez en su guarida, dejó cuidadosamente en el suelo a Kamali, y después se tumbó en su lecho de hierbas para darle de mamar a sus hijos, Kamali se acercó hasta la cara de su madre y comenzó a lamérsela y luego busco en el vientre de Uma su pezón favorito. Al momento, los cinco pequeñajos estaban poniéndose las botas y después, hartos de comer se quedaron dormidos. Uma por otro lado no estaba tan tranquila, no le había gustado nada la reacción que tuvieron aquellos animales mal educados. Pero les gustase o no, ella defendería a su pequeña a zarpazos y bocados, y con este pensamiento se quedó dormida.

Los días fueron trascurriendo con normalidad, los pequeños tigres ya sabían andar pero aun eran torpes. No pasaba lo mismo con su hermana Kamali que iba y venía de la entrada de la guarida, con la misma facilidad que lo hacía Uma. Uma tenía que cortarle el paso y cobijarla contra su vientre para calmarla. Cuando por fin los tigres andaban con total normalidad, Uma los sacaba del hogar familiar para que jugaran y se tranquilizaran aquellas revoltosas bolitas de pelo. Kamali y Serkca eran a menudo los inventores de las travesuras que no les estaba permitido hacer, y en ocasiones Kenay y Enagi se peleaban con Serkca y Kamali por no dejarlos tranquilos. Kanira se quedaba junto a su madre tomando el sol y entonces iba Kamali y le pegaba un bocadito en el rabo a Kanira, esta se levantaba y salía detrás de su hermana para darle su merecido. Uma no sabía como tranquilizar a sus revoltosos vástagos.

—Mamá ¿para que sirven estas cosas? —preguntó Enagi a Uma mientras señalaba unas flores.

—Pues las flores tienen un rico manjar que a las abejas y otros insectos les encanta, y son muy bonitas —concluyó Uma.

—¿Y por que vuelan los pájaros? —esta vez le toco el turno a Serkca.

—Por lo mismo que tú y yo caminamos, ellos caminan en el aire —aclaró de nuevo Uma.

—Mamá ¿por qué las serpientes sacan la lengua? —consultó Kamali muy interesada.

—Por que sacan la lengua para oler y comprobar si vienen presas —acabó Uma.

—Y ¿por qué no tienen patas? —volvió a preguntar Kamali.

—Pues, por que cada animal es diferente, pero necesario y bello en su forma —le respondió con ternura.

Luego los llevó a una pequeña laguna donde se refrescarían un poco y así cansaría a sus hiperactivos hijos, y ella podría descansar de tanta preguntita.

El camino fue una autentica aventura: Uma obligó, por seguridad, a sus hijos a que fuesen cerca de ella y donde los pudiera tener a la vista. Pero para los cachorros no era tan sencillo, era la primera vez que salían de paseo y todo era motivo de risas, olisqueo y brincos. Uma tenía que ponerse seria y domar a aquellas fierecillas. Una vez en la laguna, buscó un sitio cómodo y sin cocodrilos, pensando en Kamali, a quien tenía más protegida por que no poseía las garras y una fuerte mandíbula para defenderse. Una vez encontrado el lugar deseado, Uma dirigió a su familia al agua verdosa de la laguna. Un cocodrilo que estaba haciendo la digestión, divisó a Uma adentrándose en el agua con sus vástagos y entre ellos a la antílope.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó el cocodrilo a Uma.

—Vengo a refrescarme, el sol asiático puede ser insoportable, y para que mis pequeños se agoten un poco —le respondió Uma educadamente.



—Veo que traes hasta merienda —se rió el malvado lagarto.

—La única merienda que veo aquí puede que seas tú, y yo que tú vigilaría tu espalda, porque cuando menos te lo esperes, la estaré masticando —y rugió con tal fuerza, que hasta sus hijos pararon de jugar.

El cocodrilo huyó sin más ni más, y Uma se fue con su familia y se introdujo en el agua para calmar sus ánimos. Kamali no sabía nadar y le daba miedo meterse en el agua, en cambio sus hermanos, saltaron y chapotearon todo lo que quisieron, Uma veía a la pobre Kamali que estaba en el filo y que no se atrevía a lanzarse al agua.

—Kamali no tengas miedo, ¡salta! —animó Uma a su hijita.

—¡Me da mucho miedo! —dijo Kamali llorando.

Uma, desesperada, cogió a la pequeña antílope y la metió en el agua, después la sostuvo con sus patas para que se familiarizase con el agua, Kamali al comprobar que no pasaba nada y que por fin estaba con sus hermanos, dejó de llorar y comenzó a lamer con su pequeñísima lengua a Uma, ésta hizo lo mismo. Por fin se calmaron las cosas, Serkca, Enagi y Kenay jugaban a las peleas y tirones de colas, y Kanira, Kamali y Uma disfrutaban del agua y la tranquilidad que ofrecía aquel lugar. Pasado

un rato, los tres pequeños se cansaron de jugar y se reunieron con su madre y hermanas. Uma decidió que era hora de acabar con el baño y volver a casa, así que una vez relajados por el agua y por tanto jugueteo, el regreso se hizo más rápido y sin interrupciones. Ya en su guarida y bien sequitos, se tumbaron junto a Uma y mamaron hasta quedar saciados, después durmieron a pata suelta y bien calentitos, Uma les acompañó.

Al día siguiente, Uma los sacó de nuevo, pero esta vez los llevó a una colina donde ella iba con su madre y hermanos para jugar. El lugar estaba lleno de flores y vegetación, y solía haber mucha tranquilidad. Los cachorros, al ver un lugar tan lleno de novedades, no querían perder tiempo, así que comenzaron a perseguirse y a jugar a las peleas. Uma por el contrario, buscó un sitio cómodo y se tumbó mientras vigilaba a sus hijos.

—¡Venga, yo te persigo y tú corres! ¿Vale? —propuso Kanira a Kamali.

—Está bien, pero después les gastamos una broma a Serkca y a Enagi

—dijo Kamali que siempre estaba inventando alguna fechoría.

—Vale —concedió Kanira

Kanira era muy rápida a pesar de su corta edad, pero las largas patas y la agilidad de Kamali hacían a esta una dura competidora. Kamali iba tan deprisa que tropezó y dio una voltereta, quedando boca arriba. La pequeña se quedó inmóvil y sus hermanos preocupados fueron a ver qué había pasado, Serkca fue el primero en acercarse a donde yacía la pequeña antílope. Primero la olisqueó luego le dio un suave golpe en la panza para que se moviera, y nada de nada, la antílope no se movía, luego le tocó el turno a Kenay que hizo lo mismo que Serkca y tampoco dio resultado, al momento Enagi la estaba lamiendo para que se levantara y fue ahí cuando de golpe y porrazo Kamali se levanto y empezó a perseguirlos como loca. Kanira, que venía con su madre para que los ayudase, se quedó boquiabierta al ver que Kamali estaba corriendo como si nada. Uma se dio cuenta de lo preocupados que estaban sus ca-

chorros y que Kamali les había gastado una pesada broma, si quería que Kamali fuese educada, tendría que regañarle. Aunque nunca le gustaba reprender a sus hijos, esta travesura había llegado demasiado lejos.

—¡Kamali, ven enseguida! —exclamó Uma enfadada.

La pequeña paró en seco su carrera y volvió la cabeza para ver el gesto de enfado de su madre, así que se dirigió hasta el lugar donde se encontraban todos y le dijo a su madre con tono inocente:

—¿Qué pasa?

—¿Como que qué pasa? Tus bromas no hacen gracia —dijo Serkca enfadado.

—¡Sí! y el susto que tenemos tampoco es divertido —gruñó Kenay.

—Eso ha sido demasiado —comentó Kanira.

—¡Ya basta! ¡Callaos todos! —ordenó Uma. —Kamali no tienes idea del susto que nos has dado, creíamos que te habías hecho daño, tus hermanos se han asustado mucho y cuando Kanira me lo ha contado, he estado a punto de llamar a Sihuca. —Uma había comenzado su regañida.

La pequeña Kamali agachó la cabeza y se quedó seria y muda, no quería ver a sus hermanos tan enojados con ella y menos aún a su madre, comprendió lo que había hecho.

—Una cosa es jugar —continuó Uma— y otra muy distinta es asustar, tu día de juegos se ha acabado, ven y tumbate conmigo —finalizó Uma.

La pequeña antílope siguió a su madre cabizbaja, mientras sus hermanos la miraban muy serios, al momento continuaron con sus juegos y saltos como si nada, pero para Kamali no fue tan fácil. Cuando Uma llegó al lugar donde estaba tumbada le dijo a su hija adoptiva.

—Acuéstate y que no se te ocurra moverte —le dijo muy seria Uma.

Kamali se tumbó y se hizo un roscó tapándose la cabeza con las patas.

Uma, que se acostó un poco más retirada, miraba de vez en cuando a su pequeña revoltosa que tendría que aprender a comportarse y a tran-

quilizarse. Kamali seguía sin cambiar de postura incluso ya pasado un rato. Ya estaba atardeciendo y Uma llamó a los demás cachorros, pues era hora de ir a la guarida; al momento los cuatro tigres se abalanzaron sobre ella y comenzaron a lamerla, contentos por el día que habían pasado. Al ver que Kamali no se levantaba, Uma le dijo:

—Kamali vamos, pronto será de noche —aviso Uma.

La pequeña se levantó y se puso en el lugar que tenía asignado cuando salían de paseo, sus hermanos ya habían olvidado la travesura y comenzaron a jugar con Kamali, pero ella no les hizo caso, estaba triste y seguía con la cabeza baja. Una vez llegaron al hogar, Uma les dijo a todos sus hijos, excepto a Kamali, que entrasen en la guarida.

—Kamali, ¿qué te pasa? Bueno, ¡qué tonta! sé lo que te pasa —rectificó Uma. —Kamali, sé que estás triste por la regañina, pero no se puede asustar a las demás para divertirse uno.

—Yo no quería enfadaros tanto... —dijo por fin, pues había estado todo el día callada. —No pensé en las consecuencias —admitió con los ojos llenos de lágrimas.

—Kamali, cometer errores sirve para aprender y crecer como animales, reconocerlo te hace ser valiente —dijo Uma con afán de consolar a su pequeña revoltosa.

Entonces Uma se acercó hasta Kamali y le dio un pequeño empujón diciendo:

—Echemos una carrera hasta entrar en la guarida, ¿qué te parece? ¡Yo seré primera! ¡Yo seré primera! —chinchaba Uma con gracia a su hija.

—No, no te dejaré —dijo con picardía Kamali.

Se pusieron en la línea de meta imaginaria y al grito de Uma, salieron corriendo. Uma aflojó el paso y Kamali llegó primera a la guarida, entonces Uma volvió a apretar el paso para que Kamali no se diese cuenta de que la había dejado ganar. Cuando se reunieron todos, Kamali comenzó a lamer uno por uno y a pedirles perdón por su desafortunada broma, luego cuando Uma se tumbó para darles de mamar, Kamali

también lamió con cariño a su madre, y ésta, con un lametón, le limpió las lágrimas que aun tenía por toda la cara.

—Tengo una sorpresa hijos —comentó Uma a sus retoños muy entusiasmada.

—¿Qué es? —preguntó Serkca impaciente.

—Eso, ¿qué es esa sorpresa? —continuó Kanira igual de impaciente que su hermano.

—Esta noche acamparemos fuera de la guarida, quiero que veáis cómo es el cielo por la noche. —Por fin había desvelado la sorpresa.

Todos tenían los ojos con un brillo precioso, deseosos de que llegara la noche para vivir aquella nueva experiencia. Por otra parte, Uma también estaba complacida de ver a sus pequeños tan contentos con la idea de trasnochar y dormir fuera de su protectora guarida. Los pequeños estaban eufóricos, Kenay decía que iba a contar historias de miedo, Serkca y Enagi que buscarían algún sitio para jugar con las plantas que colgaban cerca del lugar donde su madre los llevaría de excursión nocturna, Kanira y Kamali querían estar cerca de Uma por si las moscas. Mientras todo esto sucedía, Sihuca decidió ir a hacerles una visita.

—¡Hola, hola a todos! ¡Pero qué mayorcitos estáis! —Lo decía con verdadera admiración, pues les tenía un cariño especial a esos trastos.

—¡Hola Sihuca! —gritaron los cinco pequeños al ver al babuino.

—¡Hola Sihuca!, ¿qué te trae por aquí? —dijo Uma mientras se acercaba a su amigo.

—Pues estaba aburrido en los árboles y quería ver como andaban mis amiguitos y mi amiga Uma.

—Estamos muy bien, gracias Sihuca —dijo Uma mientras acariciaba con la cabeza a Enagi.

—Ya veo, ya —dijo a la vez que miraba a los cachorros.

Uma quería hablar a solas con el mono experto en casos muy delicados, pronto sus hijos probarían la carne, ¿pero que le daría de comer a su hijita Kamali? estaba deseosa de preguntarle al sabio babuino.

—Serkca, Enagi, Kenay, Kanira, Kamali ¿qué tal si entráis en la guarida y os dormís un rato? Así esta noche podremos trasnochar más —lo dijo con picardía.

—¡Pero, mamá, si hace muy buen día! —se quejaron todos.

—O vais a la guarida o no os llevare de excursión esta noche. —No era justo, pero Uma tenía que preguntar cosas que su pequeña Kamali no debía escuchar, y más injusto sería mandarla a la guarida a ella sola.

—¡Ahora nos ha quedado más claro, ya nos vamos! —dijeron los graciositos de Serkca y Kamali.

—Vamos, pequeñajos. —Y con un suave frote de cabezas los despidió.

—Estos cachorros saben demasiado —comentó Sihuca.

—No lo sabes tú bien —sonrió Uma, complacida.

Uma y Sihuca se alejaron un poco de la guarida para que Kamali, que siempre estaba a la que saltaba, no escuchase nada. Al momento comenzaron con la esperada conversación.

—Sihuca, mis hijos pronto comerán carne y sé perfectamente lo que debo hacer pero ¿qué hago con Kamali? —preguntó nerviosa.

—Pues muy fácil, Uma, los carnívoros coméis pequeñas porciones de hierba para limpiaros por dentro ¿no es así? —dijo guiñando un ojo.

—Sí, eso hacemos —reconoció Uma.

—Uma, una de las veces que vayas hacer esa limpieza, procura que Kamali esté delante y se la ofrees, ella que es herbívora no podrá resistirse —dijo en tono tranquilizador.

—Vale, ¿pero cómo puedo saber yo qué hierbas son las más adecuadas? —preguntó hecha un lío.

—Al empezar, tienes que buscarle un pasto muy verde y jugoso, lo puedes encontrar en la pradera, allí hay amplios manjares de hierbas, y con el paso del tiempo, enseñarle otros tipos de pasto —concluyó el mono.

—Bueno, por lo menos puedo empezar ofreciéndole la que yo como para mi limpieza —dijo Uma más calmada.

—Eso es, ¿y cómo llevarás carne a tus hijos estando Kamali delante?  
—preguntó Sihuca.

—Eso tampoco lo sé. —Y se puso a llorar desconsolada.

—Calma, calma —tranquilizó Sihuca a Uma. —Lo estás haciendo muy bien, es normal que ahora te agobie este cambio de alimentación  
—consoló el mono a la joven madre.

—No puedo llevar a mi hija donde está el cadáver de uno de los suyos, ¿lo comprendes? —estaba más desanimada aún.

—Claro que lo comprendo, pero hay que buscar una solución —dijo el babuino intentando consolar a Uma. —Siento decirte que tengo que irme a preparar mi consulta porque vendrá una elefanta de la manada de Siba, quiere que le quite todos los bichitos que pueda pues tiene una cita. Cuando pueda regreso y seguimos hablando —dijo Sihuca disgustado por dejar a su amiga sin un plan.

—De acuerdo, Sihuca, hasta otra —lo despidió Uma secándose las últimas lágrimas derramadas.

Uma decidió que ya era hora de regresar a su guarida para ver cómo estaba su familia. Por el camino le estuvo dando vueltas a la cabeza. Cuando le daba de mamar a sus pequeños todos eran uno, pero ahora que comenzaban a salirle los dientes y colmillos respectivamente, se dio cuenta de lo complicado que era cambiar la alimentación: sus cuatro hijos eran carnívoros y su hija Kamali herbívora ¿cómo se las ingeniaría? No lo sabía, pero tendría que buscar una solución, y pronto. Cuando por fin llegó a su hogar miró dentro y, creyendo que sus hijos estarían durmiendo, se encontró con un jaleo de tres pares de narices: Kamali daba brincos como si estuviese poseída y Serkca, Enagi y Kanira se estaban haciendo cosquillas como locos, Kenay parecía el único buen cachorro, pero no era así, cada vez que Kamali se acercaba dando saltos, él le daba bocaditos, eso sí, con cuidado. Desde bien chiquitines los cuatro tigres sabían que Kamali era diferente pero a la vez igual que ellos y sus hermanos la protegían mucho, aunque tam-

bién jugaban como uno más, y eso enorgullecía a Uma.

—¿Qué pasa con vuestro sueño? —preguntó Uma a sus revoltosos hijos.

—Pues es que no teníamos sueño —empezó Kamali.

—Es verdad y no sabíamos las cosquillas que teníamos —dijo Kanira riéndose aún.

—Y Kamali salta tanto que no puedo evitar pillarla —contestó Kenay.

—Bueno, ahora vais a comer y no saldremos hasta que anochezca —dijo Uma

—¿Y por qué no comemos y salimos a la laguna? —sugirió Kamali.

—¡Sí, sí, vamos, por fa! —gritaron todos.

—Está bien, pequeños manipuladores —concedió Uma.

—¡Toma, toma, ja ja ja, no vamos a parar de jugar! —decían todos.

—No, o vamos como una familia normal, o damos la vuelta —dijo Uma poniendo orden.

—Está bien —dijeron por fin.

\* \* \*

Una vez en la laguna, los pequeños tigres y su hermana antílope se dispusieron a tomar un baño, pero no fue precisamente relajante sino todo lo contrario, no pararon de jugar en ningún momento. Uma tuvo que poner orden en varias ocasiones por que Serkca y Enagi les tiraban agua a sus otros hermanos y Kanira, Kenay y Kamali no iban a ser menos. Uma recordó una frase que decía su madre cuando ella era pequeña y jugaba con sus hermanos. “Si no puedes con tus hijos, únete a ellos”, y después su madre jugaba con sus cachorros. Y eso mismo hizo Uma, en un descuido de todos, se sumergió en el agua verdosa de la laguna, y le pegó un bocado al primero que se le puso a tiro. Fue Enagi el primer cachorrillo en experimentar los juegos de su madre, Uma lo cogió de la pellica y lo sumergió varias veces, Enagi no podía parar de reír y aquella

sensación encanto a su madre. Luego Serkca que estaba jugando con el rabo de Kenay fue el segundo en probar a jugar con su madre, esta le tiró de la cola y le hizo cosquillas en la barriguita sin parar, Serkca no podía dejar de moverse. Al final todos se abalanzaron de golpe sobre Uma que perdió el equilibrio y cayó de nuevo al agua mojándose entera, todos reían con mucho placer. Pero su risa pronto fue sustituida por otras risas, y no eran muy agradables precisamente, Uma diviso tres hienas que se acercaban a donde estaban y dio la voz de alarma.

—¡Hijos, ir corriendo a ese árbol y subid! ¡Pronto, no miréis atrás! —dijo espantada.

Uma sabía que las hienas mataban a cachorros de todas las razas, pero sobre todo a las crías de leones y tigre, que eran especies con las que competían por la comida, y un aperitivo de bebé tigre siempre les iba bien.

—¡Mamá, qué hago! ¡Qué hago! —decía Kamali muy asustada.

—¡Tranquila, hija, voy por ti! —gritó Uma desesperada.



Si los cachorros de tigre eran un manjar para estos animalejos, una de antílope era una autentica delicia, pero Uma no estaba por la labor de dejar sola a Kamali, así que cogió con cuidado el cuello de su hija y como hacía siempre con sus presas cuando quería comer tranquila, la subió al árbol. Pero esta vez era para salvar la vida de su pequeña hija adoptiva, aunque las tres hienas seguían hay abajo, Uma logró calmar un poco los ánimos de los pequeños. Pasaron horas hasta que por fin las hienas se fueron por puro aburrimiento, entonces Uma animó a sus cachorros a bajar, ella fue la primera en bajar de allí con Kamali en la boca, cuando Kamali comprobó junto a su madre que allí no había nadie, animó a sus hermanos que tenían más miedo que ella a bajar de ese lugar. Por fin Serkca se decidió a dar el primer paso, después le siguieron Kanira, Kenay y, por último, Enagi que estaba temblando.

Uma los lamió con ternura y como método de calma, por fin todos estaban más tranquilos y su madre decidió llevárselos de allí e ir al nuevo lugar donde acamparían esa noche. Por el camino parecía que los ánimos habían decaído hasta que sus pequeños vieron el mágico y esplendido lugar. Estaba muy dentro de la selva, al fondo, una gran cascata rompía el silencio que allí había siempre, todo estaba cubierto por plantas enormes y de un color esmeralda muy hermoso. Los cachorros se quedaron boquiabiertos, no sabían que existía algo así, y tampoco sabían muy bien por donde empezar, Serkca rompió el hielo subiéndose a unas lianas y comenzó a balancearse.

Los demás también quisieron probar con esa nueva forma de hacer el trasto y todos se subieron en ellas. Kamali también quería balancearse pero no podía subir en ninguna y finalmente Uma la ayudó a montarse en tres lianas y boca arriba comenzó a mecer a su hija. Kamali tenía sus ojazos negros chispeantes de emoción y alegría por lo divertido que le resultaba ese juego.

—¡Soy una mariposa! ¡soy una mariposa! —gritaba Kamali como una loca.

—Sí, pequeña, eres como una mariposa —dijo Uma a su hija mientras la balanceaba con el hocico.

—¡Yo soy un pájaro! —gritó Enagi.

—Pues yo soy una mariposa y un pájaro —dijo Kanira sin saber muy bien qué escoger.

Al rato, se bajaron y Uma los llevó a donde tenían su lecho, para que conocieran el sitio donde dormirían esa noche; dos árboles gigantes protegerían sus sueños y su colchón eran unos helechos que crecían en abundancia junto con flores de variados colores y formas. Serkca quiso ser el primero en probar la nueva cama, todos reían al verlo dar mil vueltas y al final, cuando se incorporó, tenía en la cabeza unas bonitas flores a modo de tocado...; los demás se desternillaban de risa. Uma lo cogió con su gran boca y lo dejó sobre el suelo, luego le quitó las flores que aun le colgaban a ambos lados de la cabeza.

—Mamá, no sabía que el cielo era tan bonito por la noche. —comentó entusiasmada Kanira.

—Sí, es verdad y encima hay un montón de luciérnagas ahí arriba —dijo Enagi sorprendido.

—¡No, eso no pueden ser luciérnagas, no se mueven! —protestó Kenay.

—¿Y qué son, mamá? —preguntó Kamali.

Todos estaban tumbados boca arriba mirando el espléndido cielo nocturno, los cachorros estaban sorprendidos, entusiasmados y muy asombrados de contemplar aquel bello escenario.

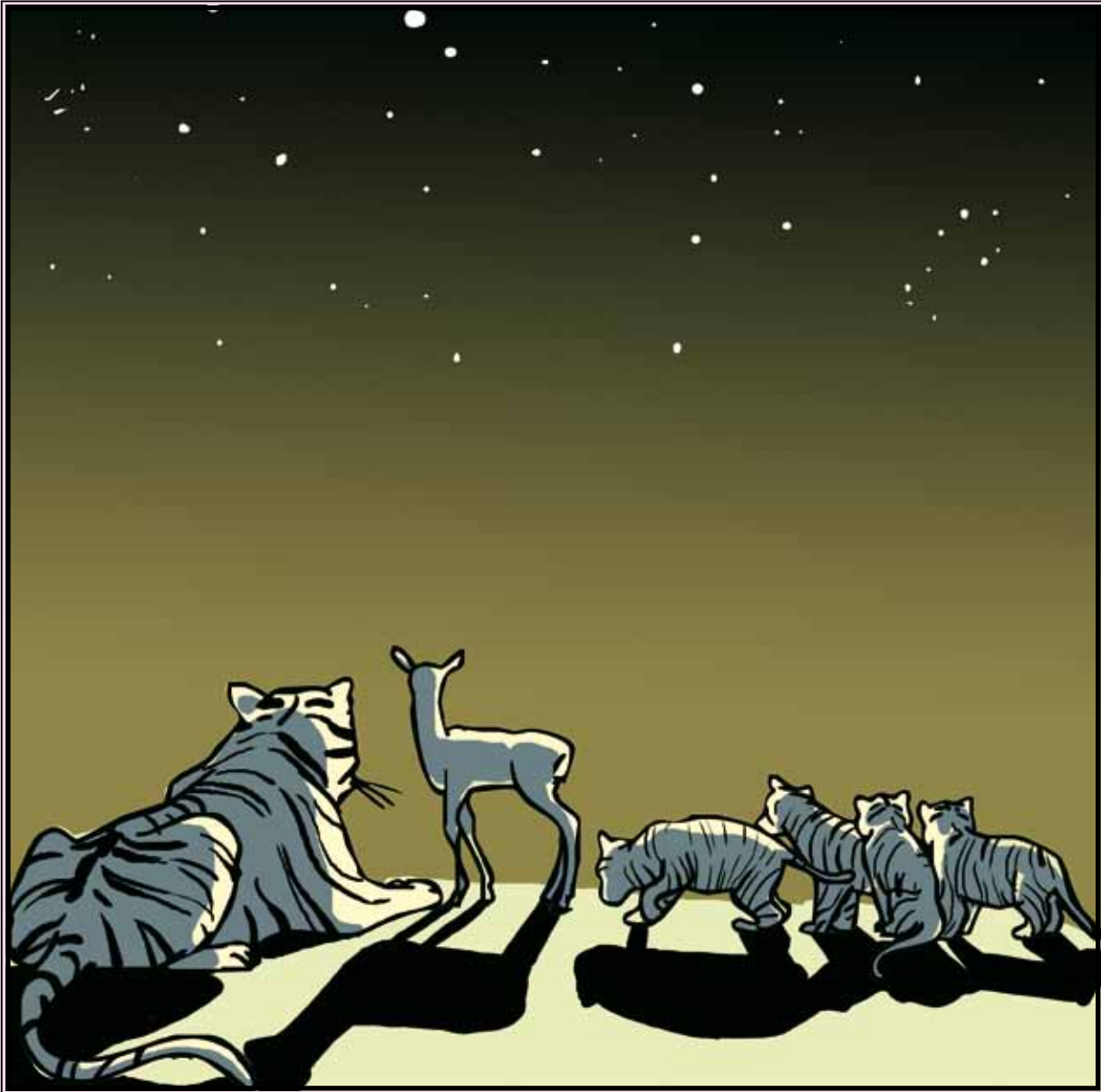
—Esos puntitos brillantes son estrellas —dijo Uma.

—¿Y para qué son? —preguntó Kanira.

—Un día me dijo mi madre que las estrellas son las hijas del Gran Sol y su hermana Luna, ellas son las encargadas de cuidar de nuestros espíritus cuando abandonan la Gran Tierra. —concluyó con un suspiro.

—¿Y Luna nos cuida? —consultó Kamali.

—Luna nos cuida y protege de noche, el Gran Sol lo hace de día —finalizó Uma.



Finalmente se quedaron todos dormidos, y Uma se quedó mirando la luna llena que esa noche había, al rato ella también sucumbió al sueño.

\* \* \*

—¡Vamos arriba gandules! hay que volver a la guarida, tengo que ir a hacer unas cosas —despertó Uma a sus dormilones hijos.

—¿Y no podemos ir contigo? —preguntó Serkca.

—No, mejor mañana —dijo Uma. Ella estaba deseando llevarlos a co-

mer carne, pero con Kamali no, no sería justo para ella ver a alguien de su misma especie ser devorada por su familia.

Los días fueron pasando, al final Uma se llevó a sus cuatro hijos carnívoros a donde ella solía llevar sus presas para que, por fin, probaran el delicioso manjar cazado por ella. Uma le decía a Kamali que debía quedarse en la guarida porque sería peligroso si se iba con ellos, ella no quería pero su madre la convencía diciéndole que luego la llevaría a la pradera para enseñarle una cosa nueva para comer, entonces se callaba y mientras Uma se despedía de ella con un frote de cabezas y un lame-tón, le decía que pronto regresarían. Luego venían los cinco tigres bien alimentados con Uma a la cabeza, que llamaba a Kamali y ésta salía corriendo para saludar a su madre y hermanos, después todos se fueron a la pradera, tal y como dijo Uma.

—Anda, prueba esto, a mí me está rico —dijo Uma mientras le ofrecía un jugoso y verde bocado de hierba.

Kamali no sabía muy bien qué hacer con aquello: primero lo olisqueaba no olía mal, luego cogió un poquito con su boca y comprobó la textura que era suave y blanda. Finalmente comió la hierba y... ¡estaba deliciosa!

—¡Qué rica mamá! ¡Está jugosa! ¡Quiero más! —dijo Kamali con mucho apetito.

—Tranquila, aquí tienes más, mira —dijo Uma señalándole un lugar lleno de hierbas de las características que Sihuca le había recomendado. Mientras que sus hermanos estaban tumbados tomando el sol, Uma buscaba más hierba para su pequeña devoradora de pasto. Kamali, por otra parte, comía con gusto bodo lo que veía. Una vez bien alimentados todos, Uma decidió que era momento de regresar a la guarida, conforme iban por el camino, vio dos hienas que le plantaban cara, los pequeños corrieron a un gran árbol pues estaban bien aleccionados, en cambio Kamali no se despegaba de su madre. Uma erizó los pelos de todo su hermoso cuerpo en señal de poder, echó las orejas para atrás y

comenzó a enseñar sus grandes colmillos. Las hienas comenzaron a rodearlas, entonces Uma salto sobre el cuello de una de ellas y, esquivando la mordedura de esta, comenzó a estrangularla. La otra aprovechó ese descuido para atrapar a Kamali que estaba indefensa, la muy ruín se la llevo en la boca.

—¡Kamali no! —gritó Uma asustada por perder a su hija.

La tigresa corrió como un rayo dejando casi asfixiada a la primera hiena y, dirigiéndose hacia la otra, la atrapó y se subió en su lomo para después buscar el cuello del animal. Una vez se agarró bien a su cuello lo apretó como si estuviera su vida en juego, la hiena comenzó a perder fuerza y poco a poco fue liberando a su hija.

Por fin, la había matado; Uma se acercó a Kamali que estaba en el suelo sin moverse y empezó a revisarla por si estaba herida, por suerte no tenía nada, excepto un susto tremendo. Uma cogió a la pequeña con su gran boca y llamando a los demás pequeños, se fue de allí cuanto antes. Una vez en su guarida dejó sobre el suelo a Kamali que no había dicho nada desde el ataque. Su madre la lamía con mucho cuidado y ternura, pero no daba resultado, Kamali seguía muda y tumbada en el lecho donde dormían todos juntos.

—Kamali, ya ha pasado todo, no tienes que tener miedo —dijo Uma en tono suave.

—Kamali, no te preocupes, mamá le ha dado su merecido a esa hiena.

—esta vez habló Kanira que quería ver a su hermana como siempre.

—Es cierto, venga, levántate, seguro que luego mamá nos lleva a la pradera para que comas esas hierbas tan ricas —animó Serkca.

Así estuvieron bastante rato hasta que Uma decidió llamar a Sihuca para que explorara a su pequeña hija, Kamali solo se cambiaba de postura pero no se levantaba. El gran babuino experto en casos muy delicados se quedó bastante sorprendido al comprobar que Kamali no sufría ninguna herida. Las hienas tienen una fuerte mandíbula para destrozarse los huesos de la carroña que comen, y que una cría de antílope no su-

friera ninguna lesión, ya era un triunfo, pero esta vez tocaba curar las secuelas del gran susto.

Sihuca cogió un trozo de coco roto que solía usar para mezclar hierbas y hacer mejunjes curativos, después picó unas hierbas aromáticas y añadió unas poquitas flores con sabor a manzanilla, concluyó la receta echándole agua fresquita del lugar donde Uma había llevado, unos días antes, a sus hijos para hacer su acampada.

—Ten, Kamali, bebe esto, te hará bien —dijo Sihuca a la asustada antílope.

Se resistía, pero al final y con el estímulo de su familia, bebió por fin de la medicina que el babuino le había hecho, al poco tiempo y, junto al vientre de Uma, se quedó dormida placidamente. La tigresa se levantó con mucho cuidado para no despertar a la cría, y ordenó a los cachorros que le dieran calor y se quedaran junto a su hermana mientras ella y Sihuca salían de la guarida para hablar a solas. Los cachorros se tumbaron cerca de Kamali y al final también ellos sucumbieron al sueño.

—¿Qué es lo que le ha pasado? Nunca ha estado así —preguntó Uma preocupada.

—Es normal que tenga un susto tremendo, date cuenta que si no hubieras llegado a tiempo... —Sihuca se calló sabiendo que Uma ya se imaginaba lo que habría sucedido.

—¿Qué le has dado? Se ha quedado dormida enseguida —volvió a preguntar la joven tigresa.

—Son hierbas especiales para dormir y las florecillas son muy buenas para tranquilizar cuando se ha tenido un gran susto. No te preocupes, Kamali debe descansar; por lo demás, cuando despierte, seguirá siendo tu revoltosa hija de siempre —calmó el mono a Uma. —Por cierto, ¿cuándo le contarás la verdad? —esta vez preguntaba Sihuca.

—No hay nada que contarle, somos felices así y ella no se preocupa de esas tonterías —dijo Uma un poco molesta.

—No dudo que seáis felices, pero es evidente que tarde o temprano Kamali se dará cuenta de que no es una tigresa —opinó el babuino.

—¿Y cómo le digo que un día salí a cazar y maté a su madre? No es tan fácil Sihuca —dijo de nuevo molesta.

—Si no se lo dices tú a tu manera y con miramientos, vendrán otros y se lo contarán a su manera y con maldad, y entonces no vengas diciendo que no te lo avisé. —Esta vez el enfadado era Sihuca, él solo quería ayudar a su amiga pero Uma no estaba por la labor.

—Gracias por haber venido enseguida Sihuca —despidió en tono seco Uma al babuino.

—Es mi deber, y piensa en lo que te he dicho —dijo mientras se iba.

La tigresa se dirigió hasta su guarida, se tumbó junto con sus hijos y comenzó a darle vueltas a la cabeza. ¡Claro que quería decirle la verdad a Kamali!, pero tenía miedo, sí, desde que tenía prole sabía lo que era el miedo. ¿Y si le contaba toda la verdad, que debe matar a otros animales para sobrevivir ella y sus hijos carnívoros?, ¿qué pensaría Kamali al conocer que fue ella quien mató a su madre?, ¿y cómo se tomaría que en realidad ella se quedaba en la guarida para que sus hermanos comieran del cuerpo recién cazado por Uma?, ¿lo aceptaría o se daría media vuelta y no regresaría nunca más al hogar que la vio crecer? Su cabeza no paraba de fabricar nuevas y dolorosas preguntas; Uma solo quería que Kamali creciera sana y feliz, pero no era tan sencillo. Kamali siempre le preguntaba cosas, era una cría muy curiosa, le recordaba a ella misma unos años atrás, cuando martirizaba a su madre con cientos y cientos de preguntas. Era normal que llegara el día en que le preguntara por qué no tenía garras ni colmillos, o por qué sus hermanos se subían a los árboles para ponerse a salvo de algún peligro o por el simple hecho de divertirse y ella no, o cuando fuera adulta a ella le crecería una bonita y pequeña cornamenta, y su cuerpo sería de un color canela claro muy común en su especie exceptuando la raya negra de su cabeza, mientras que sus hermanos serían muy fuertes, de un color anaranjado por todo el cuerpo y con elegantes

rayas negras cubriendo el lomo, las patas, la cabeza y el rabo. Hasta sus ojos eran muy diferentes; mientras que Uma, Serkca, Enagi, Kenay y Kanira lucían unos ojos verdes en tono aceituna inmadura que los hacían verdaderamente hermosos, Kamali por el contrario, tenía unos grandes y expresivos ojazos de color negro, de un negro azabache precioso.

En fin que tanto si quería como si no, Uma tenía que reconocer lo evidente y decirle la verdad lo antes posible pues sus hijos crecían a una velocidad increíble; los tigres, sin ser adultos, ya eran casi tan altos como ella, atrás quedaron los días en los que ella los levantaba del suelo como si fueran pequeñas bolitas de pelo. Y qué decir de Kamali que se iba acercando en estatura a sus hermanos y comenzaba a cambiar su pelaje de color maíz tostado por otro más claro. Los que eran sus pequeños comenzaban a dejar de serlo.

Los días pasaban muy rápido, las estaciones se sucedían cambiando el paisaje de Asia. Al mismo ritmo crecían los hijos de Uma que habían nacido en la primavera del año pasado. Serkca, Enagi, Kenay, Kanira y Kamali habían cambiado y comenzaban a sentir los efectos de la primera juventud. Serkca, Enagi y Kenay estaban obsesionados por luchar y comprobar quien era el más fuerte; sus peleas eran jugando pero notaban que su fuerza había aumentado bastante. Por otra parte estaban Kanira y Kamali, la primera no paraba de acicalarse y se estaba convirtiendo en una hermosa tigresa, cosa que a Uma la llenaba de orgullo. Kamali también tenía sus sesiones de limpieza, y ya lucía una bonita y pequeña cornamenta negra que no crecería más, ya que los machos eran los que verdaderamente poseían espléndidos cuernos, grandes y fuertes, evolucionados para luchar por los harenes de hembras y sus territorios. Uma era feliz de ver lo grandes, fuertes y sanos que había criado a sus hijos; pero algo en su interior la amargaba aún, no sabía cómo contarle la verdad a Kamali y el tiempo no pasaba en balde. Uma se prometía una y otra vez que “de hoy no pasa” pero al final se excusaba diciéndose “es que los chicos se han portado mal y ya no tengo ganas de más jaleos”.

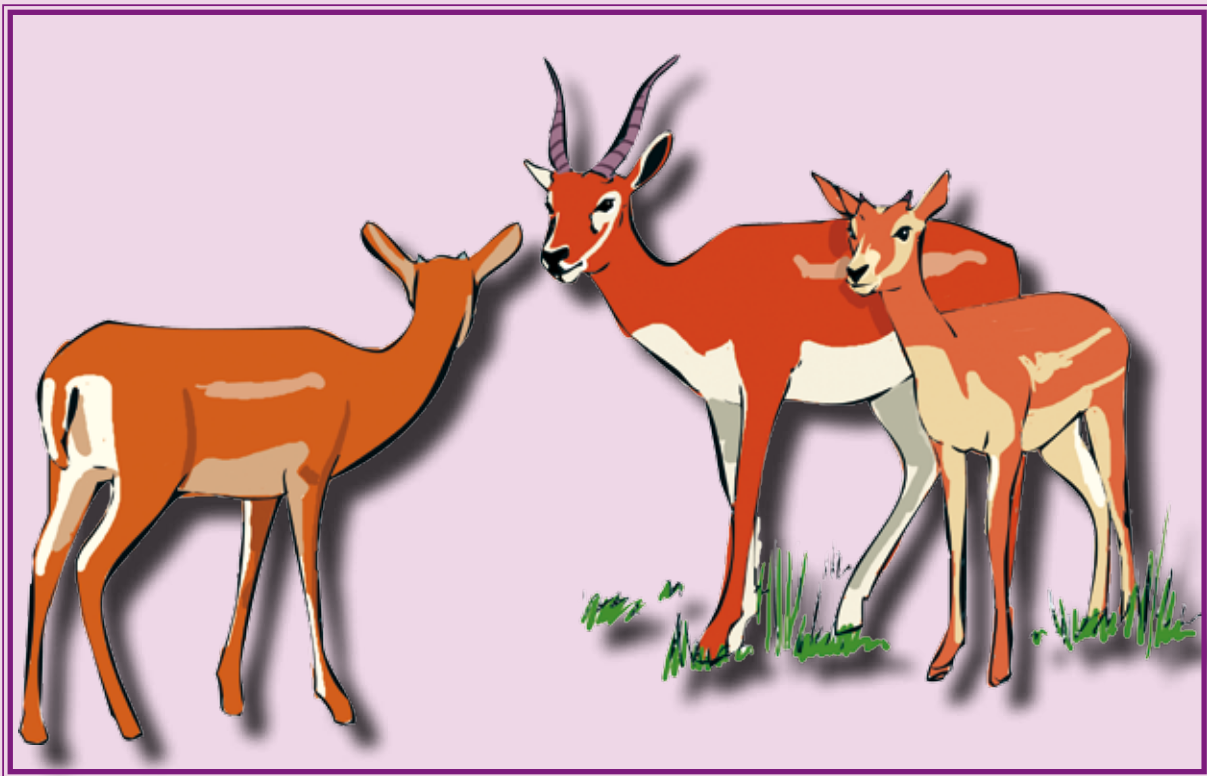
Así que, por unas cosas u otras, lo iba dejando. Un día que estaban todos en la pradera disfrutando del sol y los juegos, Kamali que se había separado del grupo para comer, observó curiosa a dos antílopes que también pastaban, solo que bastante apartadas por miedo a Uma y sus hijos. Kamali dejó de comer y, atraída por aquellos antílopes que compartían sus mismos gustos alimenticios, se dirigió hasta ellas para saber por qué la miraban tanto.

—¿Qué pasa? ¿por qué me miráis tanto? —le preguntó curiosa.

—¿Tu eres la hija de Kinxa? —preguntó una antílope entrada en edad y con los ojos chispeantes de alegría.

—¡Sí, no cabe duda! ¡Es ella, es ella! —dijo la otra que se acercó para olisquearla.

—No, yo soy la hija de Uma —contestó extrañada.



—¿Hija de Uma?. No, tú eres la hija de una compañera de manada que desgraciadamente murió en las garras de una tigresa, poco después de parir —dijo la antílope más joven.

—¿Ah, sí? ¿Y vosotras cómo lo sabéis? —preguntó Kamali sin creerse lo que oía.

—Por que nosotras te vimos nacer, luego nuestro líder escuchó los trinos que provenían de los árboles, eran pájaros que nos avisaban del peligro que se acercaba —contestó la más vieja.

—Sí, y huímos todo lo deprisa que pudimos; yo llamaba a tu madre pero ella no quería dejarte allí sola, tú aún no te habías levantado y no teníamos tiempo —contó la joven antílope.

—Al final, corrimos y nos adentramos en la espesura de la selva para ponernos a salvo, al rato regresamos para saber qué había pasado con Kinxa y lo que vimos fue dantesco. —Se calló, aún le daban arcadas al recordarlo.

—Tu madre estaba devorada, apenas se la reconocía, tú ya no estabas, un buitre que estaba rondando el cuerpo sin vida de tu madre nos contó que la tigresa que había matado a tu madre te llevó a ti —explicó la más joven.

—Aún me parece increíble que estés viva —concluyó la antílope mayor. Kamali no daba crédito, no quería creerlas pero todo encajaba, ella era igual que aquellas hembras de antílope exceptuando la raya negra que lucía en la cabeza. Por otra parte, la historia que acababa de oír era increíble, su madre, Uma, jamás mataría a nadie y tampoco se dedicaba a llevarse las crías de sus supuestas presas. Kamali no las creía y defendió a su madre.

—Mirad, yo siento mucho lo de vuestra amiga pero yo soy la hija de esa tigresa que veis allí —dijo señalando el lugar donde estaban sus hermanos y Uma que buscaba plantas para Kamali.

—¡No digas tonterías! Esos animales que señalas son asesinos despiadados y esa tigresa es la que mató a tu verdadera madre —contesto irritada Sulín que era la joven antílope.

—Mi hija lleva mucha razón: tú eres de los nuestros, Kinxa era muy querida por todos los individuos de la manada, tu lugar está con noso-

tras —dijo Mina que era la madre de Sulín.

—No me iré, mi familia es aquella que veis —contestó Kamali.

—¿A tí que te han contado? Solo te tienen para, cuando estés bien grande y gordita, comerte —le dijo Mina.

—¡Pero si ellos comen hierba, anda dejarme en paz! —contestó Kamali enfadada.

—¡No comen hierba, comen seres vivos! Y, si no, ¿dime qué es lo que hacen contigo cuando ellos van a comer? —replicó Sulín.

Kamali se quedó de una pieza, ella nunca había acompañado a su madre y hermanos cuando éstos iban a comer, siempre se tenía que quedar en la guarida a la espera de que regresaran los demás. ¿Por qué Uma no la dejaba ir con ellos? ¿Cómo era posible que apenas comieran hierbas con lo fuertes y grandes que estaban todos? A lo mejor a Uma se le había pasado por alto contarle algo y con una punzada en el corazón, huyó de aquel lugar corriendo hacia la guarida sin esperar a razones. Uma la vio y sin saber qué había pasado, ordenó a los demás que volvieran a la guarida.

Uma no había visto nunca correr de esa manera a Kamali, y no se imaginaba la que se le venía encima. Cuando llegaron, vio que su hija Kamali estaba dentro, muy mal, con los ojos bañados en lágrimas y la cabeza gacha.

—Kamali, ¿qué te pasa? —preguntó Uma preocupada.

—¿Es cierto que mataste a mi madre? —Kamali no se anduvo por las ramas.

Uma no se podía creer lo que acababa de oír y no sabía muy bien que decirle...

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó Kenay.

—Eso no tiene sentido —comentó Enagi.

—¡Callaos! —Uma estaba nerviosa— ¿Quién te ha dicho eso? —le preguntó la joven tigresa.

—Dos antílopes; dicen que conocieron a mi madre, que la mató una

tigresa, cuando volvieron, un buitre les contó que la tigresa me había llevado con ella.

\* \* \*

Sí, esa era la verdad, los recuerdos de aquel día volvieron a su mente, la desesperada carrera de la verdadera madre de Kamali, el revuelo de los buitres, tan oportunos como siempre y, de golpe y porrazo, el bebé de antílope. Allí estaba, temblorosa por el miedo que había experimentado con los enormes buitres y mojada aún, debido a su reciente venida al mundo. Lo que Kamali le había enseñado y los nuevos sentimientos que había conocido gracias a la pequeña revoltosa que siempre estaba protegiendo, eran un verdadero tesoro. Y ahora era tan mayorcita como sus hermanos y a la vez muy frágil. Estaba ahí llorando, echada en el lecho donde dormían, desde que cierto día, encontró su hogar para la venida de sus pequeños cachorros.

—Kamali, ven, acércate, hija. —Uma decidió que tenía que contarle toda la verdad, por dura que fuese.

Kamali bañada en lágrimas se le acercó sin saber muy bien si la devoraría o le daría un buen achuchón como siempre había hecho, pero tal y como le habían pintado el cuadro esas antílopes entrometidas...

—Un día, la Tierra quiso premiarme con una venida muy esperada, eran tus hermanos, los cuatro que ves aquí, —y señaló a los cuatro tigres que escuchaban con atención la historia de su madre—. Desde entonces me hice una promesa, no cazar ni madres ni crías, yo prefiero luchar de igual a igual y cazarlos sería aprovecharme de las circunstancias. Nunca te he querido decir la verdad sobre nuestras costumbres alimenticias pero ha sido por miedo y respeto hacia ti y la especie de la que provienes: nosotros los tigres nos alimentamos de carne, no podemos sobrevivir de otra manera. Los tigres no somos carroñeros, debemos cazar. —Uma hizo un alto para que Kamali fuese asimilando

todo lo que acababa de contar—. Un día siendo, tus hermanos bebés indefensos, me tocó salir a cazar, tenía que comer para que ellos pudiesen mamar y crecer, en la pradera no había nadie, excepto una hembra de antílope; yo tenía prisa, debía cazar lo más rápido posible pues tenía miedo de dejar demasiado tiempo solos a tus hermanos. Me lancé a la carrera pero aquella hembra me dejó impactada: era muy veloz y mira que los antílopes sois veloces... Al final la capturé..., luego fui al lago para beber agua y finalmente me fui hacia la guarida. —Hizo otro parón, quería ver las caras de sus hijos: Serkca, Enagi, Kenay y Kanira estaban muy atentos, Kamali estaba triste; acababa de escuchar de la propia boca de Uma que se alimentó de su verdadera madre, las antílopes llevaban razón, eran asesinos despiadados, pero siguió en silencio y escuchando sin querer perder una palabra.

—Escuché mucho jaleo y cuando fijé la vista resultaron ser unos buitres que estaban armando mucho ruido; decidí acercarme y comprobar qué era lo que pasaba. Cuando llegué, espanté a aquellas malvadas aves y entonces miré con interés hacia donde estabas... Sí, allí te encontré, tumbada, mojadita y muy asustada; tu mirada me cautivó y decidí que tú te vendrías conmigo. —De nuevo paró para comprobar cómo eran las reacciones de sus hijos, todos esperaban más...

—Me acurruqué contigo, te ofrecí mi calor y con mi presencia los buitres comprobaron que esa noche tú no serías su cena. Una vez estabas un poco calmada y calentita decidí que aquel lugar no era seguro para tí y además debía regresar a la guarida para amamantar a tus hermanos. Por fin, en el hogar, te limpié y te ofrecí de mi leche, algo que deseabas porque estabas hambrienta. Cuando estabais todos bien satisfechos y calentitos os quedasteis dormidos. Yo empecé a darle vueltas a la cabeza, hasta que deduje que la veloz hembra era tu madre; me sentí sucia, no tenía que haberlo hecho y no lo volvería a hacer, eso prometí. Pero castigarme con reproches no solucionaba el problema que tenía, dejarte sola en la pradera era una verdadera locura, habrías muerto tarde o tem-

prano y al fin y al cabo te tenía que compensar. —Uma calló unos minutos para descansar de revolver días pasados; al momento, continuó. —Los días pasaban rápidos, y ya te quería como si te hubiese parido; desde entonces has sido una más, tienes hermanos que te quieren y una madre que ha intentado criarte lo mejor que sabía, eso es todo —finalizó Uma con serenidad.

Todos se quedaron unos minutos en silencio, nadie quería romper aquella extraña sensación que trasmitía Kamali, ella estaba tumbada llorando en silencio y con una expresión en la cara que nunca habían visto; por fin Kamali habló.

—Entonces esas antílopes llevaban razón... —dijo tomando aire.

—¿A qué te refieres? —preguntó Uma.

—¡A que sois unos asesinos despiadados! —contestó hecha una furia.

—¡Kamali no tenemos la culpa de haber nacido carnívoros! —dijo Kanira, a quien no le gustó el modo en que Kamali expresó sus sentimientos.

—Kamali, todos los animales son diferentes, tanto por fuera como por dentro y eso también implica la alimentación: los tigres, leones y demás, no somos asesinos; asesino es el que mata por placer nosotros debemos cazar para vivir, ¿lo entiendes? —preguntó Uma.

—No, no lo entiendo, vosotros comíais hierba... —contestó Kamali muy triste.

—Comemos hierba para limpiarnos por dentro; hija no llores más, esas antílopes te han querido herir. —Uma intentó consolar a su pequeña.

—¡No me llames hija! ¡Tú mataste a mi madre! ¡Asesina! —Kamali estaba poseída por la ira.

¿Cómo era posible que aquellas antílopes la quisieran herir, si gracias a ellas había conocido la verdad?. Ellas tenían razón, Uma mató a su verdadera progenitora, y, ¿quien sabe si estaban esperando a que engordase y creciera un poco más para hincarle el diente! Cegada por el espanto salió de la guarida a todo correr. Serkca, Kenay y Enagi salieron también

en su busca. Kanira agachó la cabeza y asintió en señal de desaprobación y Uma... Uma no sabía lo duro que sería aquel día. En ese momento sintió como si toda la manada de Siba, la elefanta, pisara una y otra vez su corazón y que ella no podía ponerlo a salvo; se quedó con Kanira, decidió que Kamali necesitaba su tiempo... Su pequeña Kamali no debería de estar sola... y no lo estaría. En un momento corrió ella también fuera de la guarida, quería a su hija cerca y no la abandonaría, ni en ese momento ni en ninguno.

Kamali llegó hasta la pradera, miró por todos lados buscando la compañía de aquellas antílopes que la habían contado toda la verdad, pero no había nadie. Como no quería regresar con su familia adoptiva decidió quedarse en ese lugar y pastar. Pasado un buen rato la jovencísima antílope levantó la cabeza del rico pasto para mirar pues estaba escuchando ruidos de pezuñas, de pronto estaba rodeada de una manada de antílopes. Eran un montón de individuos, había hembras con sus crías, luego estaban los jóvenes que tenían su edad, después estaban las hembras maduras y un macho como líder de aquella impresionante manada. Kamali busco con la vista a sus dos amigas; al momento Mina la antílope madurita se le acercó y saludó con alegría.

—¡Hola! —saludó Kamali a Mina.

—Hola, jovencita, ya veo que has decidido reunirse con los tuyos —dijo Mina muy amable.

—Sí, bueno... la verdad es que no sé que hacer —estaba echa un lío.

—¿Pero has hablado con esa tigresa? —preguntó Mina en tono despectivo.

—Sí, me ha contado la verdad y no quiero volver con ellos —dijo Kamali sin saber si sentía de verdad lo que decía.

—Haces bien, además aquí no te faltaran amigas —esta vez fue Sulín quien le había hablado.

—¡Hola, no me di cuenta de que estabas aquí! —dijo Kamali, contenta por volver a ver a su amiga.

—Bueno, es que yo soy muy silenciosa... —dijo con picardía la joven antílope.

—Oid, chicas, aún no sé vuestros nombres —dejó caer con gracia Kamali, el despiste que habían tenido sus amigas al no presentarse.

—¡Uy!, es cierto, yo me llamo Mina y esta es mi hija Sulín —dijo la antílope madurita.

—¿Y tú cómo te llamas? —pregunto Sulín.

—Me llamo Kamali —dijo en tono amable.

—Qué bonito para ser un nombre puesto por un tigre —halagó y, al mismo tiempo, hirió.

—Bueno, eso no tiene nada que ver... —Kamali aun defendía a su madre.

\* \* \*

Mientras tanto, llegaron a la pradera Serkca, Enagi y Kenay que iba un poco más retrasado. El líder de la manada de antílopes se dio cuenta y avisó a todos los miembros para huir cuanto antes. Kamali se fijó en ellos pero no les hizo ningún caso y huyó con su nueva familia, mientras los tres hermanos la llamaban a voces. Cuando se quisieron dar cuenta la manada ya había desaparecido; Uma llegó justo a tiempo para detener a sus hijos pues se querían ir con su hermana.

—¡Pero madre tenemos que estar todos juntos! —rugió Kenay.

—¡Sí! Es nuestra hermana, igual que Kanira —gritó abochornado Enagi.

—¡No podemos dejarla con esos animales, la han puesto en nuestra contra! —Serkca no podía evitar estar enfadado.

—¡Ya basta! ¿Os creéis que a mi no me duele que mi hija se haya ido así? ¿Que no sepa si está bien o mal? A mi me da igual lo que esos antílopes digan; lo que me duele es que Kamali no está aquí mientras yo le busco hierbas para su alimentación, o poder dar un relajante baño en la laguna mientras jugáis y tomamos el sol, o simplemente estar todos

juntos... —Uma se calló y tomó aire, estaba destrozada, y no paraba de preguntarse si Kamali volvería a estar con ellos, pero tenía que ser fuerte y no derrumbarse y preocupar a sus hijos.

\* \* \*

La joven tigresa decidió regresar a la guarida con Kanira, los tres tigres se opusieron pero no solucionaban nada con sus pataletas y además estaba anocheciendo y aun eran demasiado jóvenes como para quedarse en un lugar donde pronto saldrían los leones de cacería y ellos eran uno de sus blancos. Cuando llegaron, Kanira estaba dormida, acurrucada cerca del lugar donde dormía Kamali. Uma se tumbó cerca de su hija, los demás imitaron a su madre y se acostaron junto a ellas, aunque esa noche no pegaron los ojos. Uma no paraba de darle vueltas a la cabeza: ¿cómo estaría su pequeña revoltosa? ¿sería la cena de algún león o hiena? El pánico se apoderó de ella. ¿Por qué no hizo caso a su amigo Sihuca cuando éste le dijo que ella debió contarle la verdad a su manera? Fue una tonta, ¿pero acaso no habría huido igualmente aunque ella le hubiese contado la verdad? Siempre había sido una terca, quizás era hora de empezar a escuchar los consejos que le daba la gente que la quería. A la mañana siguiente, bien temprano, Uma salió de su guarida, sus cachorros la acompañaron y se quedaron en la entrada.

—Quedaros aquí, tengo que ir a cazar, luego os llamaré, cuando esté el desayuno —lo dijo en voz baja.

Luego, los despidió con un buen frote de cabezas y se dirigió a la pradera. Por el camino iba pensando en Kamali y en que si había antílopes, no dudaría en buscar a su hija. La caza se le dio bien, su almuerzo era un facóquero adulto, ahora que sus hijos habían crecido comían el doble y tenía que buscar presas grandes para abastecer a todos, incluida ella, aunque siempre era la última en comer, así les dejaba los mejores bocados a sus hijos.

De todas formas ese día no tenía ningún apetito, incluso no le apetecía cazar, pero sus hijos no tenían culpa de lo sucedido con Kamali. Una vez cazado el facóquero, Uma rugió fuerte para avisar a su prole de que la comida estaba lista, los rugidos de los tigres y leones se pueden llegar a oír a bastantes kilómetros de distancia. Los cuatro tigres comenzaron a devorar la presa cazada por su madre mientras ésta estaba tumbada un poco apartada del lugar donde yacía el jabalí.

—Toma madre, te hemos guardado el hígado; como te gusta tanto...

—le dijo Kanira que intentaba animar a su madre con unos de los bocados preferidos de ésta.

—Gracias, Kanira, lo comeré con gusto. —Uma tenía que fingir que se encontraba bien.

Los días pasaban a una velocidad pasmosa. Desde aquel día en que Kamali abandonó la guarida y se fue con los animales de su especie, no volvieron a saber nada de ella. A Uma le costaba una barbaridad el momento de ir a cazar, pero no le quedaba otro remedio si quería sobrevivir; por otra parte, estaban Serkca, Enagi y Kenay que hablaban de ir a buscar a Kamali, pero Uma detenía los planes que estaban dispuestos a realizar. Kanira era la más enfadica, no había perdonado que Kamali se hubiese ido de esa manera y con esos modos, todos la habían tratado bien y para ella, igual que para todos, seguía siendo su hermana, aunque Kamali no lo viera así.

\* \* \*

Kamali, una vez acogida en su nuevo hogar, estaba bastante contenta, aunque en muchas ocasiones echaba de menos a su familia, pero ya lo había decidido y su lugar era estar con los de su especie. Además, tenía dos amigas y un posible compañero que pronto la rondaría; en fin, que parecía que todo le iba a ir bien.

—¿Y cómo pudiste vivir con esos asesinos? —preguntó Quina, una jovencita de la edad de Kamali.

—Bueno, la verdad es que ni yo lo sé —dijo Kamali extrañada.

—Esos animalejos solo piensan en afilarse las zarpas y matar —esta vez fue Sulín la que dio su opinión.

—¡Sí! y dudo mucho que tengan sentimientos —opinó Mina.

—¡A saber cómo cuidan de sus crías! —dijo Quina.

Kamali, un poco dolida, se retiró a beber agua a una pequeña charca, después decidió tumbarse y buscar cobijo en la sombra de un gran árbol. Pasado un buen rato se reunió con la manada de antílopes, se juntó con Sulín para pastar y estuvieron hablando de la época que se acercaba. Era el momento de que las nuevas generaciones buscaran pareja y tuvieran su propia descendencia. Las jóvenes antílopes, que pronto tendrían compañeros, charlaban del tema casi todo el día, algo que para Kamali era un auténtico placer pues así dejaban de criticar a la que fue su familia desde que ella nació.

A Kamali le gustaba un joven antílope de cuernos exuberantes y muy guapo... A Solín y a Quina les hacía mucha gracia verla tan alterada; Mina, por otra parte, la compadecía porque sabía que los machos solo eran verdaderos galanes por la época de la cópula. En esos días los machos lucían más que nunca una hermosa y gran cornamenta balanceando la cabeza a modo de escudo, otros machos se sumaban a esta tradición, después se formaban parejas de jóvenes y no tan jóvenes machos y se retaban. Si les funcionaban la táctica de intimidación, moviendo solo la cabeza de un lado y del otro, la cosa se quedaba ahí, viendo el perdedor que el macho ganador lucía una bonita cornamenta que podría dañarlo seriamente. Pero no siempre era todo tan fácil: dos machos que lucieran las mismas cornamentas tanto de altura como de volumen y que no se vieran intimidados por el balanceo de cabezas solo les quedaba enfrentarse y luchar por las hembras y los territorios; en estas ocasiones podían llegar a ser heridos de gravedad, incluso ser víctimas

de depredadores que siempre estaban a la espera de cazar presas débiles o heridas. En fin que la época de apareamiento era un momento muy deseado por ambas partes, tanto herbívoros como carnívoros. Pero, después de copular con las hembras, se olvidaban de ellas, dejándolas esperando una cría y con el corazón roto.

—Madre, ¿podemos ir fuera a tomar el sol? —preguntó Serkca a Uma que yacía en el lecho donde dormía desde que buscó aquel lugar para parir.

—Claro, pero no os alejéis, quedaros donde pueda veros —ordenó la joven tigresa que levantó la cabeza para dar la orden.

Mientras sus cuatro hijos salieron de la guarida para tomar un poco de aire fresco y jugar, Uma comenzó a darle vueltas a la cabeza, cosa que se había convertido en algo rutinario. La gran gata no se explicaba el motivo de todos esos días en los que no sabía nada de su hija, la manera en la que se fue, el motivo... y las mismas preguntas: ¿estaría viva?, ¿volvería a verla?, ¿se acordaría de ella y sus hermanos? No sabía lo duro que era estar sin alguien a quien quiso tanto... Recordó un día en el que Kamali salió de la guarida para jugar, estaba lloviendo mucho y se metió en un charco, algo que para ella era muy divertido. Uma le gritaba para que volviera pero ella no le hacía ni caso; al final, el barro se endureció atrapando a la pequeña antílope que, por cabezonería, se quejaba y lloraba desconsolada y tiritando de frío.

Uma salió rápidamente de la guarida mientras sus otros hijos se asomaban expectantes y animando en todo momento a su revoltosa hermana, Uma la empujó con delicadeza un par de veces hasta que por fin Kamali se levantó de aquel barrizal y su madre la cogió del delicado cuello y la metió dentro de la guarida, allí la limpió hasta dejarla brillante y la acurrucó contra su vientre hasta que se quedó dormida.

¡Cómo añoraba esa época en la que sus hijos eran pequeños!, cuando los levantaba con su gran hocico y los paseaba o los subía de arriba abajo, arrancando carcajadas. O los días en los que a los pequeñajos les

apetecía tomar a su madre por un muñeco dándole mordisquitos por todos lados y Kamali era la peor, siempre estaba inventando alguna fechoría nueva. O cuando tenía autoridad y con una mirada los cachorros quedaban enterados de que no habían hecho algo bien. En definitiva, estaban todos juntos y su hija Kamali era feliz y ella también, solo con verla. ¿Cómo era posible que esas antílopes entrometidas le dijeran a Kamali que debía de estar con los suyos, si ella ya estaba con los suyos? ¿Acaso se preocuparon por acoger a una cría de su especie? Tuvieron la oportunidad, ya que en la presentación a la Tierra ella estaba con Kamali; si tanto querían a su verdadera progenitora y si tanto la querían ahora, ¿por qué no la reclamaron? La habrían criado las hembras que por entonces también tenían retoños, entre todas habrían sacado adelante a la cría de su especie. ¿Por qué ahora que era toda una jovencita hermosa y sana la envenenaban de esa manera?

¿Acaso no les daba vergüenza ver que una tigresa que se suponía debía haberla matado en el acto y que en cambio la crío, se preocupó, sufrió, rió y divirtió con aquella antílope las dejaba bastante mal? No lo sabía pero tampoco sabía cómo encontrar a su pequeña revoltosa... A veces se decía “¿por qué no la dejas?, ya está con los suyos y seguro que es muy feliz y le enseñarán a comer esas hierbas que Sihuca te dijo y que tú no tenías mucha idea; después de todo, esto podría pasar y ha pasado. ¿Por qué no continuas con tu vida?” Pero, al momento, rechazaba esas ideas sacudiendo todo su cuerpo como intentando que no volvieran a entrar en su mente.

\* \* \*

Un día, Sihuca fue a visitar a su amiga Uma. Ya se había enterado de lo sucedido con Kamali y quería animar a la tigresa que no sabía qué camino tomar: si el de cogerla por la fuerza, algo muy complicado, o intentar hablar con la manada de antílopes, más imposible aún. Uma se

encontraba en la entrada de la guarida tumbada y vigilando a los cuatro adolescentes que estaban haciendo de las suyas, solo que ahora, en vez de jugar, pasaban el tiempo demostrando lo mayores, fuertes, guapos y listos que se habían vuelto. En ocasiones, le tomaban el pelo a su madre para luego reírse de ella a carcajadas; Uma tenía que poner orden y demostrar quien mandaba en esa familia de locos.

—Uma no quiero dárme las de listo pero, ¿qué fue lo que te dije hace unos meses? —dijo el experto en casos delicados.

—Sé lo que me dijiste y no te faltó razón en ningún momento; mis hijos no lo saben pero muchas de las veces que salía de caza aprovechaba para buscarla... —Uma se sentó para hablar con su amigo.

—¿Por qué no me dejas que hable con ella, quizás me escuche? —sugirió Sihuca.

—Díme cómo, yo lo he intentado por todos los medios... —Era cierto, cada vez que salía de caza procuraba divisar a Kamali entre todos aquellos antílopes que se agolpaban por momentos, pero nada.

—Uma, tus métodos no son muy eficaces que digamos... A ver, tú eres su mayor depredadora, no esperarás que se queden todos quietos esperando a que encuentres a Kamali —dijo el babuino sonriendo.

—Y ¿qué esperas?, al menos no me quedo quieta —se enfadó Uma.

—Querida, si quieres que te ayude a buscar a Kamali, te aconsejaría que guardaras el mal genio para cuando salgas a cazar —dijo muy digno el mono.

—Perdona pero ya son demasiados días sin ella. ¿Y si le ha pasado algo? Siempre era la misma pregunta, el si le había pasado algo...

—Uma, debemos de estar tranquilos, Kamali ya no es la pequeña cría que acogiste; además, al estar con los de su especie, le enseñarán todo lo que necesita saber y eso incluye la huída —calmó Sihuca a la gran gata.

—¿Y cómo vamos a hacer para poder hablar con ella? —preguntó la tigresa.

—Déjame que la busque yo, los antílopes no huirán al verme —dijo muy seguro.

—Está bien, amigo, pero cuando sepas algo, lo que sea, dímelo —se apresuró a decir Uma.

Así, con nuevas esperanzas y un poco más tranquila, la tigresa decidió que debía de comenzar las clases de caza para enseñarles a sus hijos algo que sería esencial para sus vidas, como era el poder valerse por sí mismos. Y es que la Tierra nunca cambiaba las normas, todos tenían su lugar en aquel escenario. Las plantas y árboles recibían su alimento gracias al Gran Sol y a las abundantes lluvias que en Asia se producían; por otro lado estaban los insectos que recogían el polen de las flores y así no solo tomaban su aperitivo sino que también ayudaban a éstas a ser fertilizadas. Estos insectos, a su vez, eran devorados por aquellos animales que solamente se alimentaban de estos seres; los insectívoros también corrían el peligro de ser comidos por otros animales. Todos servían a todos y así se controlaba la población de cada especie. Sin duda, la Tierra tenía todo en orden.

\* \* \*

Por otra parte, Kamali ya le había echado el ojo a un antílope que, como ella, aún no había encontrado su lugar en la manada. Se hicieron amigos y con su mutua compañía fueron forjando poco a poco un bonito sentimiento que no habían experimentado nunca.

Kankana era un joven macho de dos primaveras, una más que Kamali, tenía una poderosa cornamenta que volvía locas a las demás antílopes y lograba que muchos machos temblaran al verla; sus ojos grandes y negros como el azabache y su pelo color maíz tostado lo hacía realmente apuesto. La relación entre Kamali y Kankana se hizo tan estrecha que del fruto del amor Kamali quedó preñada. La joven antílope creyó que, por fin, ya no estaría sola, pero se equivocó. Un día quedó con su com-

pañero para pasear cerca de unos sauces. Esperó, esperó... pero Kankana no apareció. Harta de esperarlo, y un poco cansada debido a su estado, decidió regresar con la manada. Una vez en ella, preguntó por su compañero, pero nadie quería contarle nada hasta que Mina decidió que debía enterarse de lo sucedido.

—Kamali, Kankana no regresará más —dijo Mina como pudo.

—¿Por qué, qué ha pasado? —preguntó Kamali nerviosa.

—Verás, Kankana y otro macho estaban peleándose para demostrar quien era más fuerte y así tomar posiciones en la manada, hasta que...

—Mina volvió a callar.

—¿Y qué pasó?, dímelo ya Mina —se impacientó Kamali.

—Kankana resultó herido de muerte y se lo llevaron unas hienas...

—Mina guardó silencio.

—¡No! Mina ¿estás segura? —preguntó nerviosa.

—Lo siento Kamali, es cierto. —Volvió a guardar silencio.

\* \* \*

Kamali, rota de dolor, corrió cuanto pudo, como si echándose a la carrera solucionara algo; estuvo un buen rato galopando sin rumbo fijo. ¿Cómo era posible, ahora que tenía un compañero que la estimaba y quería? ¿Qué haría ella sola y esperando un bebé? Parecía que debía estar feliz de estar en una manada de animales de su especie, pero no lo era: algunos desconfiaban de ella porque fue criada por una tigresa, otros simplemente le daban la espalda, Mina, Sulín y Quina solo se juntaban con ella para preguntarle mil veces como soportó estar conviviendo con tigres, lo que a Kamali no le gustaba nada. Ya sabía, se fue por lo engañada que se sintió y no quería volver, pero algo dentro de ella le decía que no estaba haciendo bien las cosas. Al rato paró de andar sin rumbo fijo y, debido a su estado y a que ahora tenía que cuidarse por dos, comenzó a masticar unas hier-

bas que crecían cerca de un pequeño charco; al momento, escuchó un ruido que provenía de unos árboles que, elegantemente, estaban colocados en filas. Olisqueó por encima un poco por si hubiese peligro, pero no notó nada y prosiguió con su cena. Al instante, y cuando menos se lo esperaba, vislumbró una sombra que emergía de entre los arbustos; estaba atardeciendo y Kamali tuvo que forzar un poco la vista para saber quién era ese ser que con paso decidido se acercaba a ella. “¡Ojala sea la hiena que se ha llevado a mi querido compañero Kankana!” —se decía Kamali para sí, pues echaba mucho de menos a su compañero—. La sombra se acercaba cada vez más, tanto que Kamali a punto estuvo de emprender la huída cuando una voz familiar la detuvo.

—¿Kamali, no vas a saludar a los viejos amigos? —preguntó Sihuca.

—¡Sihuca! ¡Cómo me alegro de verte! —exclamó Kamali muy contenta por ver de nuevo al experto en casos muy delicados que siempre había estado cerca de la familia.

—Hay que ver lo mayorcita que te has hecho, ¡estas muy hermosa! —elogió el mono.

—Gracias... bueno, en parte es porque estoy esperando un bebé —dijo Kamali un poco cortada.

—¡Me alegro mucho Kamali! Túmbate, te haré un reconocimiento.

Sihuca no tardó en saber que le faltaban días para dar a luz, su abultado vientre y que el feto ya estaba colocado debidamente; eran signos más que evidentes de que la joven antílope muy pronto sería mamá.

—Kamali te faltan días para que llegue el momento de parir —dijo el sabio mono.

—Sihuca, estoy nerviosa, ¿y si no lo hago bien? o ¿si nace raro? —declaró Kamali preocupada.

—Kamali, ¡qué cosas tienes! —y Sihuca se echó a reír como un poseo—. Pequeña, debes de estar tranquila, ese momento es algo muy especial para una hembra y debes disfrutarlo minuto a minuto; date cuenta

que alguien muy especial quiere conocerte y que te necesitará para todo, serás una mamá muy buena. Aunque ahora no lo creas, cuando llegue la hora, sabrás en todo instante qué debes hacer; de todos modos, te prometo que rondaré por aquí para controlarte —tranquilizó Sihuca a la futura mamá.

—Ya estoy más tranquila... —dijo en voz baja.

—Por cierto, Kamali, ¿qué tal te va con tu manada?; te veo sola... en tu estado... —Sihuca comenzó a abrirle los ojos.

—Me he ido, un macho de la manada hirió a mi compañero Kankana... y unas asquerosas hienas se lo llevaron...—Kamali se echó a llorar.

—Lo siento mucho Kamali, pero ahora debes de ser fuerte, por tí y por el pequeño que está en camino —aconsejó Sihuca.

—No me siento a gusto en la manada: por una parte, me compadecen demasiado por todo lo que ha pasado respecto a mi compañero y se piensan que porque me crié con tigres soy como una especie de anzuelo y que puedo ponerles en peligro; y por otra parte, yo prefiero estar sola, después de todo el único que me hacía compañía y me comprendía era Kankana y ya no está —se desahogó Kamali.

—Mira Kamali sabes que te respeto y te tengo mucho aprecio, pero ¿por qué no le das una oportunidad a Uma?; ella te quiere más de lo que tú te crees. —Sihuca no se anduvo por las ramas.

—Ella mató a mi verdadera madre... —dijo la antílope.

—¿Verdadera madre? Fue un accidente, Kamali; cuando Uma estaba embarazada se prometió no volver a matar ni a madres ni a crías, no le gusta aprovecharse de las circunstancias. Uma no sabía que esa hembra acababa de ser madre y tampoco tiene la culpa de ser carnívora, nadie nace escogiendo su dieta alimenticia. —Sihuca no quería dejarse nada en el tintero.

—Eso lo comprendo. Supongo que nadie ha intentado cambiar la dieta porque acabaría muriéndose de hambre; pero ¿por qué me mintió, por

qué me tuve que enterar por otros animales? Si tanto me quería no me lo habría escondido —dijo Kamali enfadada.

—Kamali debes aprender muchas cosas sobre la vida y las pruebas que ésta te pone para que madures; cuando nazca tu pequeño lo comprenderás todo. No es fácil el papel que le tocó jugar a Uma, ponte en su lugar... —Sihuca la intentaba convencer de una vez—. ¿Sabes cuántas hembras han abandonado a sus crías porque no las querían o no sabían cuidarlas? Muchas; yo he podido ayudar a unas cuantas y otras han seguido con su terquedad. Uma no solo fue buena madre con sus propios hijos, sino que tenía tanto amor que dar que cuando te vio en peligro, poco le importó la especie de la que provenías o las burlas a las que sería sometida, solo te quería a ti, te tengo que confesar que yo mismo le dije que era una loca y fíjate lo equivocado que estaba... Uma tenía miedo de contarte la verdad porque no te quería perder, eso si que no lo soportaba... —Sihuca guardó unos minutos silencio para que Kamali asumiera su metedura de pata.

—Sihuca... ¿cómo están todos? —preguntó interesada.

—Bueno... los chicos han crecido mucho, pero siguen siendo unos trastos; Kanira te echa mucho de menos, dice que no es lo mismo desde que te fuiste y Uma no levanta cabeza, se hace la fuerte para no preocupar a tus hermanos, pero se pasa el día buscándote, eso sí, en secreto... —le informó el sabio mono.

—¿Cómo que buscándome en secreto? —preguntó extrañada.

—Cuando te fuiste, Serkca, Enagi y Kenay salieron en tu busca sin permiso de nadie. Uma les regañó porque atardecía y les podía pasar algo malo, se lo prohibió. Pero ella, cuando salía de caza, te buscaba como loca durante toda la mañana... y luego se tumbaba muy triste creyendo que algo malo te había pasado —concluyó el mono.

—No sabía que me querían tanto... y todos... —Kamali estaba rebo-sante de emoción.

—Kamali, para ellos eres muy importante, te quieren más de lo que

piensas y Uma sueña con poder abrazarte como antes. Puede que tu madre, la que te dio la vida, sea importante para ti, pero Uma te ha ayudado a mantenerte con ella, ¿no crees que tiene su mérito? Además, acuérdate de quien te protegía de pequeña y ahora que has crecido no se preocupa menos... —Sihuca le guiñó un ojo con picardía.

—¡¡Quiero volver a mi verdadero hogar!! ¡Yo pertenezco al territorio de las cataratas donde vive mi familia de tigres! —dijo orgullosa y feliz.

—Pero, Kamali, tu embarazo es muy avanzado, el parto nos pillaré de camino, y tienes que descansar... —dijo Sihuca que estaba preocupado por el nacimiento del hijo de Kamali.

—No me pasará nada, además ya es hora de ver a mi familia. —Kamali estaba desesperada por reencontrarse con los suyos.

—No sé... —dudaba Sihuca que en su trabajo era todo un profesional y no quería que hubiese complicaciones.

—Anda, por favor... —rogó Kamali que estaba deseosa de emprender el viaje de vuelta a su verdadero hogar.

—Está bien, eres terca como Uma, desde luego que eres su hija... no me cabe ninguna duda —refunfuñaba el babuino—. Tenemos que ponernos en marcha cuanto antes, el territorio de las cataratas está muy lejos de aquí y en tu estado lo mejor es comenzar a caminar. ¡Vamos, Uma y tus hermanos nos esperan! —Sihuca también estaba como loco por ver la cara que se le pondría a su amiga cuando lo viera acompañado por Kamali.

Anduvieron un buen trecho; ya casi podían divisar la pradera donde estaba pastando la manada de Kamali, pero aún les quedaba bastante camino por delante. Sihuca preguntó a Kamali en varias ocasiones si no le apetecía comer un poco, pero la antílope no quiso, deseaba llegar cuanto antes, quería recuperar el tiempo perdido. Era noche cerrada cuando Sihuca dijo:

—Vamos a hacer noche aquí, ya no se ve nada y si seguimos solo nos buscaremos problemas. Voy a coger unas cuantas frutas para engañar al

estómago; tú quédate aquí, enseguida vuelvo. —Y Sihuca señaló unos árboles que les servirían de protección para esconderse de los posibles depredadores.

Kamali asintió en señal de aprobación. Al ratito apareció Sihuca con los brazos llenos de variadas frutas. Kamali le aconsejó que se buscara un sitio donde dejarlas mientras se las fuera comiendo; el babuino tomó el consejo al pie de la letra. Al momento, ella también se dispuso a comer unas ricas y jugosas hierbas que crecían cerca del lugar donde Sihuca puso sus frutas; los dos amigos cenaron en abundancia y en completo silencio. Al rato, buscaron un lecho cómodo donde poder echar una cabezada, pues al día siguiente les esperaba una dura jornada de regreso al Territorio de las Cataratas, donde Uma tenía su hogar.

Bien temprano, cuando apenas se vislumbraba el ocaso y los primeros rayos comenzaban a asomar tímidamente por el cielo asiático, Kamali ya estaba levantada; esperó a que su amigo el babuino se despertase, pero esa mañana se encontraba muy intranquila y decidió despertarlo. —Vamos, Sihuca..., despierta, amigo... —dijo en voz baja.

—Mamá, unos minutitos..., aun es de noche... —dijo Sihuca en un idioma extraño.

—Sihuca, por favor, levántate... —se impacientó Kamali.

—¡Mamá no quiero ir con la profe! —balbuceó el mono que estaba soñando.

Kamali sintió cómo unas dolorosísimas contracciones le envolvían todo el cuerpo. La antílope, muy asustada por los fuertes dolores, llamó a Sihuca, desesperada.

—¡Sihuca despierta ya, creo que estoy de parto! —exclamó dolorida.

—¡Lo siento, pequeña, tenía un sueño muy profundo! —gritó el mono que estaba desconcertado por los gritos de Kamali—. ¡Uy, Kamali!, tranquila, pequeña, respira; mientras, te haré un reconocimiento —le comunicó a Kamali que enseguida hizo caso al babuino, experto en casos muy delicados.

—Kamali, ya viene de camino, tumbate y respira hondo; voy a por unas cuantas cosas que nos harán falta, no tardo y, sobre todo, tranquila —dijo Sihuca que fue en busca de unas hierbas y alguna cosa que le sirviera de recipiente.

Kamali respiró una y otra vez, tantas que pensó que saldría volando como un pájaro; cuando le venía una contracción se tumbaba y empujaba, tal y como el instinto se lo fue marcando. Cada vez eran más seguidas y Kamali empujaba y, a la vez, se impacientaba por no ver terminada su azarosa tarea: “¿cómo me gustaría que estuviese mi madre acompañándome”, se dijo para sí misma.

Sin duda, Uma no la habría dejado por nada del mundo, eso Kamali lo sabía muy bien y sonrió para sus adentros. Al momento, apareció Sihuca que traía consigo un montón de hierbas medicinales y que solo él conocía, un trozo de coco un poco roto por el uso dado durante tanto tiempo, algo de agua y frutos. El mono no podía apenas caminar con tantas cosas como llevaba. Lo dejó todo a buen recaudo y le hizo otro seguimiento a Kamali para saber en qué fase iba el parto.

Por fin, y al cabo de un buen rato, comenzó a asomarse una pequeña cabecita. Sihuca animó a Kamali para que siguiera empujando; al momento, unas largas y flacas patas salieron a la luz. Fue entonces cuando el sabio Sihuca agarró al pequeño y tiró de él para que el parto finalizara lo más deprisa posible. Al instante, un diminuto cuerpo tocó el suelo cubierto de hierbas y tierra; Kamali respiró aliviada y olfateó curiosa al ser que temblaba y habría los ojos curiosos. La joven limpió, hasta dejar al bebé como los chorros del oro; después Kamali condujo al pequeño hacia una de sus mamas y la cría comenzó a chupar desesperada; mientras, la joven mamá se incorporó y se acicaló también. Sihuca ya se había puesto manos a la obra y picó todas las hierbas, las echó al agua y le añadió unos frutos muy picados para contrarrestar el mal sabor del mejunje.

—Toma, Kamali, esto te hará bien; bebe pequeños sorbos, mientras

veré que es lo que has tenido —lo dijo mientras dejaba el trozo de coco en el suelo.

—¡Qué asco, sabe a rayos! —exclamó Kamali.

—Tú bébetelo, te ayudará a recuperarte antes; no te dejes ni una gota. Por cierto, ¡enhorabuena, mamá; has tenido una preciosa hija! Está muy sanita, me alegro mucho Kamali —dijo Sihuca emocionado.

Kamali también se alegró mucho de saber que había tenido una hijita y entonces comenzó a acariciarla con su cabeza. La pequeña, saciada, dejó de alimentarse y comenzó a darle diminutos lametones a su joven mamá. La cría tenía un color maíz tostado, característico en las crías de su especie, pero había algo que no era tan normal... ¡tenía una gordita raya negra en la cabeza! Kamali se quedó boquiabierta, era como si realmente pertenecieran al linaje de Uma, quizás era alguna señal que ella no conseguía descifrar...

—¿Cómo la llamarás? —preguntó curioso el babuino.

—Se llamará Ulima, ¿qué te parece? —respondió Kamali.

—Muy bonito, significa astuta, le viene al pelo —lo dijo sinceramente. Habían transcurrido unas horas desde que Kamali se pusiera de parto; al mediodía, tanto la nueva madre como la cría se encontraban en muy buen estado y sobre todo teniendo los cuidados del bueno de Sihuca. Así que Kamali decidió emprender el regreso al Territorio de las Cataratas. Sihuca puso sus impedimentos, pero de nada le sirvió porque la cabezota de Kamali quería regresar cuanto antes.

Los tres comenzaron el viaje poquito a poco porque Ulima aun no controlaba sus cuatro patas a la vez, lo que arrancó risas cómplices entre su joven madre y el mono experto en casos muy delicados. Atrás dejaron el sitio donde pasaron la noche y donde Kamali se puso de parto; cada vez más se adentraban en la espesa selva. Ulima se atascaba con los viejos troncos podridos que descansaban en el suelo asiático. La nueva mamá empujaba con delicadeza a su pequeña cría como lo hizo en su día Uma con ella. Ulima, tras salir airosa de las trampas del suelo, volvía a andar

como si nada, con su rabito en punta, lo que le daba un aire gracioso. Tanto habían recorrido que a lo lejos se podía divisar el Territorio de las Cataratas, pero ya había anochecido y el afán protector de Kamali les obligó a hacer noche junto a unos sauces que estaban próximos al hogar-consulta de Sihuca. Éste fue a buscar algo de cenar y le dijo a Kamali que pronto regresaría; mientras, ella buscó un sitio cómodo donde tumbarse y descansar junto con su hijita que le lamía la cara, muy cariñosa.

Al rato, el babuino apareció con mucha fruta, unas cuantas plantas grasas, esta vez para comer, y unas raíces completaban su deliciosa cena. Kamali, más descansada, se incorporó y también comenzó a pastar las ricas hierbas que por allí crecían, y por último se unió la pequeña que ansiosa no dejaba de succionar leche.

Una vez estaban todos saciados, buscaron un rincón donde refugiarse de los peligros nocturnos, Kamali se tumbó por fin, después de todo había sido un día muy ajetreado e inolvidable... Su hijita se recostó sobre el vientre de su madre y se quedó dormida al momento y Sihuca se preparó una especie de cama con ramas y hojas.

—Kamali, ¿te das cuenta de que nadie de tu manada se ha despedido de ti? —dijo Sihuca en voz baja para no despertar a la pequeña antílope que dormía profundamente.

—Poco me importa ya la manada, tengo lo que más feliz me hace que es esta criaturita y mañana por fin me reencontraré con mi madre y hermanos, por no mencionar toda la ayuda que me has prestado Sihuca... —y Kamali se emocionó pues desde ese día era otra antílope.

—Me alegro de que, por fin, valores a los que realmente te quieren y no te abandonan; por cierto, ¿te imaginas la cara que pondrá Uma? Estoy como un monito pequeño por verla... ¡y la de tus hermanos, ni te cuento! —dijo el experto en medicina de la buena.

—Yo también estoy deseosa, y más cuando vean a mi hija... —dijo Kamali bostezando.

—Bueno, querida, mañana nos esperan muchas emociones y hoy también ha sido un día muy agotador, sobre todo para ti; vamos a descansar ya. —Sihuca también bostezaba.

—Estoy de acuerdo, buenas noches amigo —dijo Kamali mientras acurrucaba su cabeza sobre el cuerpecillo de su hijita.

—Buenas noches mami, descansa tranquila —contestó el babuino mientras se colocaba de costado.

\* \* \*

Era de noche, el cielo era realmente hermoso, con esos miles de puntitos brillantes, las estrellas, y la guardiana de los seres vivientes que por la noche se despertaban y comenzaban a buscar comida. La Gran Luna también tenía un brillo especial. Esa noche Sihuca, Kamali y la pequeña cría durmieron placidamente a la espera de que amaneciera para poder acabar con su duro camino de regreso a casa. Uma, Serkca, Enagi y Kanira estaban pensando en Kamali y en si algún día volvería con ellos, en si las cosas se calmarán de una vez y en si la gran gata, por fin, podría darle un buen achuchón a su pequeña revoltosa. Solo que no se imaginaban que ese día estuviese tan cerca, y que además les esperaba una grata sorpresa que sin duda haría las delicias de su familia de tigres. Uma no sabía que por fin, a partir de mañana, podría descansar tranquila de una buena vez.

Los tres viajeros se pusieron en marcha tan pronto asomaron los largos rayos del astro rey, los pájaros trinaban dando alegres vuelos por encima de las cabezas del babuino y la joven mamá, con su cría al lado.

Cada vez se acercaban más al Territorio de las Cataratas; subieron una colina para divisar el camino adecuado por donde debían seguir, la pequeña Ulima daba saltitos y cuando se cansaba, olfateaba todo lo que le llamaba la atención hasta que Kamali la llamaba para continuar caminando. Sihuca se reía entre dientes porque le recordaba mucho a

Kamali, que no podía estar quieta ni un minuto. Al mediodía ya habían llegado al Territorio de las Cataratas, donde vivían Uma y sus inquietos hijos; los tres se metieron por unas espesas plantas que para la pequeña antílope eran gigantescas. Anduvieron en total silencio para que ni Uma ni sus hijos se percatasen de la extraordinaria sorpresa que les esperaba. Kamali estaba deseosa de pedirles perdón por todo lo que ocasionó: las preocupaciones, las tristezas, la falta de la hija querida..., ahora volvería a reencontrarse con los suyos, los que verdaderamente se preocuparon por ella. Los cinco tigres estaban distraídos cuando, de la maleza, asomó el bueno de Sihuca; Kamali y su hija se quedaron unos pasos atrás para darles la sorpresa.

—¡Hola a todos!, ¿qué tal estáis? —preguntó mordiéndose los dientes para no decir que Kamali ya estaba en el hogar.

—Pues imagínate, no conseguimos encontrar a Kamali, ya no se qué camino tomar... —dijo Uma, preocupada.

—Pues yo te traía una sorpresita... —sonrió, pícaro, el experto en casos muy delicados.

—Sorpréndeme... —dijo Uma con desgana.

—¡Ya podéis venir, queridas! ¡Venga, vamos! —exclamó el babuino.

Y de ente las plantas y árboles asomó una hermosa antílope con su cría jugueteando a su alrededor. Uma no se lo podía creer: ¡era Kamali! Uma corrió hacía ella desesperada por darle un buen achuchón.

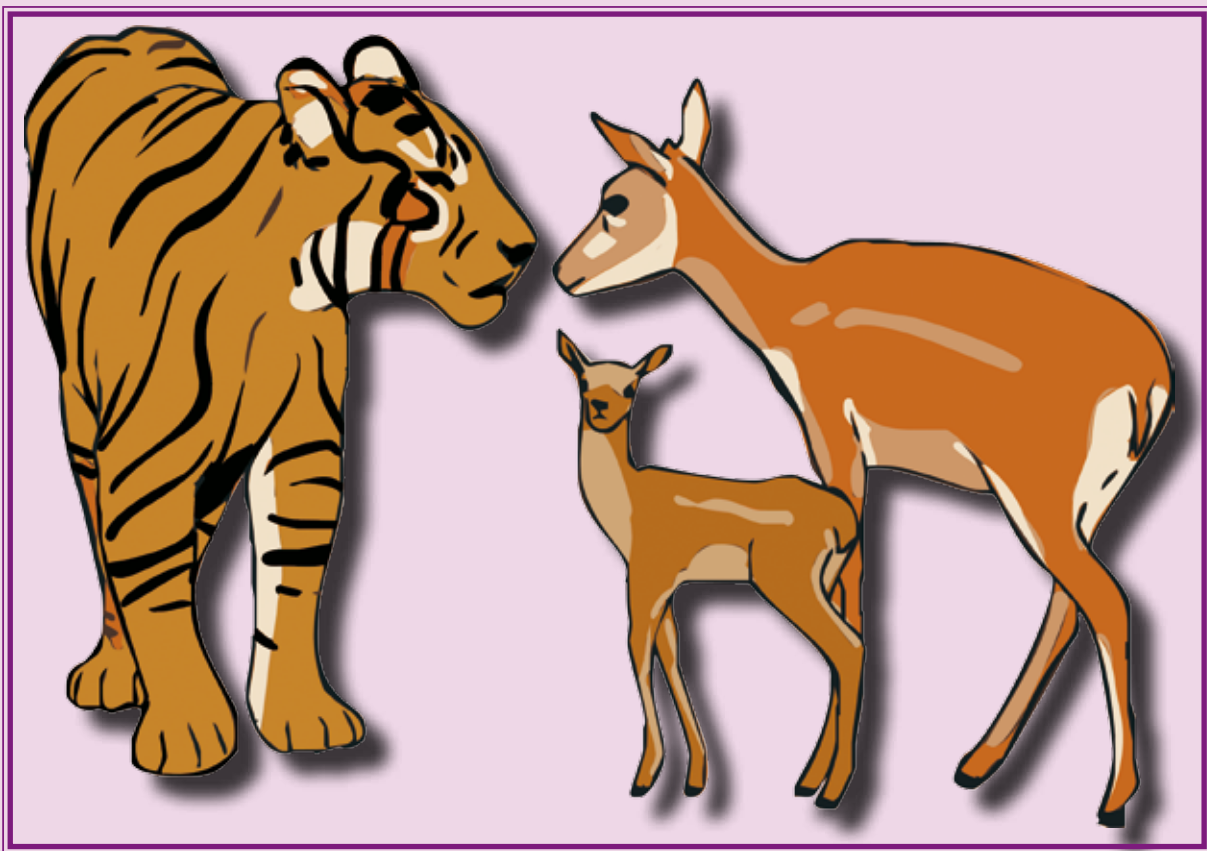
—¡Hija, mi pequeña! ¿cómo estás? —exclamó la tigresa emocionada y muy contenta.

—¡Mamá lo siento mucho; perdóname, estaba echa un lío! ¡Te quiero mucho! —sollozó Kamali cuando por fin recibió el tan ansiado achuchón.

—¡Está todo perdonado, pequeña; anda y dame otro abrazo! —dijo Uma llorando de alegría.

Mientras, los demás tigres también corrieron a saludar a su hermana que los esperaba impaciente. Todos se fusionaron en una sola criatura;

así estuvieron un buen ratito hasta que Ulima comenzó a lloriquear pues estaba cansada de tan larga caminata y con mucha hambre.  
—¿Quién llora así? —preguntó Kenay que miró por todos lados.  
—¡Uy!, se me olvidaba, tengo que presentaros a alguien muy especial...  
—dijo Kamali, y de entre las patas traseras de ella asomó una criaturita muy parecida a Kamali cuando ésta era pequeña. —Os presento a mi hijita Ulima; mira, peque, estos son tus tíos y tu abuela —dijo orgullosa.



—¡Soy tía, soy tía! —exclamó Kanira, contenta.  
Uma no cabía en sí de alegría y orgullo por su pequeña revoltosa. Sihuca se quedó mirándola a los ojos y sonrieron cómplices, y el babuino se dirigió a su amiga a la que dio un fuerte abrazo. Uma le dio mil gracias por todo lo que había hecho por su hija y su nietecita, y el bueno del mono le dijo que no tenía importancia. Así, Uma, Serkca, Enagi, Kenay, Kanira, Kamali y Ulima se adentraron en la acogedora guarida y allí Kamali les contó, mientras su hijita mamaba, todas las humillacio-

nes a la que fue sometida y lo sola que se sintió cuando su compañero fue devorado por unas hienas. Todos escuchaban expectantes y en silencio; Kanira le dijo que no se preocupara, que el tiempo y los mimos de la familia serían un buen consuelo y se lamieron los hocicos. Esa noche Uma durmió como hacía tiempo que no lo hacía, junto con todos sus hijos, y ahora también con su nietecita que se acurrucó en su vientre.

Así, Uma, por fin, tuvo de nuevo cerca de ella a su querida hija. Para Uma el ser de otra especie o raza no importaba, pues solo quería a la pequeña antílope que necesitaba de ella y Uma no hizo ningún caso de lo que pensarán los demás. La moraleja es que no importa la raza sino el deber de ayudar y estar cuando alguien más lo necesita.

FIN